RUBEN VARGAS UGARTE S.J.

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA

TERCERA EDICION



IMPRENTA LOPEZ
BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

A todo el clero de Latino América interesan las obras siguientes:

Historia de la Iglesia en el Perú. 1511-1900.

5 vols. de más de 400 ps.

Concilios Limenses. 1551-1772.

3 vols.

Historia del Culto de María en Iberoamérica.

2 vols., 3ª edic.

Vida del Beato Martín de Porras.

3ª edic.

Vida del V. P. Francisco del Castillo S. J.

Un Místico Limeño del siglo XVII.

Vida de S. de Dios Nicolás Ayllón o Nicolás de Dios.

Vocación de Santo. Vida del P. Manuel Pardo Barreda S. J.

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA

RUBÉN VARGAS UGARTE S. J.

VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA

Saint Rosa of Lima

TERCERA EDICIÓN

IMPRENTA LÓPEZ
BUENOS AIRES

Imprimátur.
† José, Obispo Auxiliar y Vicario General.
Lima, 30 de Diciembre, 1959.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina . Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el día 15 de mayo de 1961
en la Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires, Rep. Argentina

ÍNDICE

PÓRTICO

Vive entre espinas reina de las flores
esa que a hermoso prado ofrece honores,
y entre penas, que glorias tú imaginas,
reina presides, siendo las espinas
quien te fabrica en ansias transitorias
trono de penas para eternas glorias.
Con encendida púrpura asegura
de sus hojas la rosa su hermosura
y no te falta a ti, tengo advertido,
bella, encendida Rosa, lo encendido,
que estás, por lo de Dios enamorada,
encendida en su amor y aun abrasada.

Fr. Juan Bautista Aguilar
Trinitario Calzado.

(*Varias Hermosas Flores del Parnaso*
por Poetas Ilustres de España.
Valencia, 1680)

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Amigo lector: Aquí tienes una Vida de Santa Rosa de Lima que aspira a ser de tu gusto. He procurado con estudio desembarazarla de todo cuanto ofrece escaso interés a la mentalidad de los hombres de hoy o apenas contribuye a dar relieve al personaje. Más que una biografía, erudita y prolija, he tratado de darte en breves rasgos una exacta pintura de esta admirable Virgen y un cumplido retrato de su fisonomía espiritual. A un buen artista le bastan unas cuantas pinceladas para diseñar a su modelo. Sin alardear de serlo te confieso que éste ha sido mi intento. Si lo he logrado o no, eso allá tú lo verás.

Esto mismo explica su concisión, fuera de que, a nuestro juicio, vale más, en esta parte, pecar por carta de menos que por carta de más. La redundancia engendra el fastidio y entre la profusión de las hojas desaparecen aun las más bellas flores. Hoy, que tan a prisa se vive y no se tiene

tiempo para nada, es más práctico el que un libro no asuste a los lectores por su mole.

No creas, sin embargo, que me he apartado de la verdad histórica, dejando, como, por desdicha, suelen hacerlo muchos, que la fantasía o la intuición divaguen con más o menos acierto sobre su héroe, no, me he fundado en los datos más ciertos y he consultado las fuentes más seguras. Éstas, a no dudarlo, son los *Procesos*, especialmente los dos primeros, llevados a cabo en Lima, cuando aún vivían muchos que habían sido testigos de los admirables hechos de Rosa, y luego, las más antiguas Biografías, empezando por la escrita por su confesor, el P. Fray Pedro de Loaiza, continuando con la que le sigue en importancia y nos legó en sus declaraciones D. Gonzalo de la Maza, incluídas ambas en los *Procesos*, hasta llegar al P. Hansen y Fray Juan Meléndez.

Y esto baste para que, informado de la calidad de la obra y del propósito que me guió al escribirla, perdones más fácilmente sus deficiencias.

Lima, 30 de Agosto de 1944.

Fiesta de Santa Rosa de Lima.



Boceto trazado por Angelino Medoro, pintor romano, a la vista del cadáver de la Santa

LAS DOS PRIMERAS ROSAS

Con un ardor sincero
marcha el cortejo con su rosa nueva
hacia la Catedral; y es el primero
de nuestros Arzobispos quien la eleva
a la Virgen María
en la Iglesia inconclusa todavía.

José Gálvez, *Estampas limeñas.*

Llámese coincidencia o providencial augurio, lo cierto es que la primera rosa que abrió su capullo en la Ciudad de los Reyes y la que con el mismo nombre vino a ser la primera flor de santidad de la América, brotaron en el mismo huerto. Una y otra también fueron dedicadas a aquella vara de Jessé que dió a luz al que la escritura llama: Flor del campo y Lirio de los valles. El P. Bernabé Cobo nos ha trasmitido la historia de la primera rosa nacida en los pensiles limeños. Pasaron años, dice el cronista jesuíta, y la ciudad no gozaba la belleza de esta flor. Hacia 1552 un buen vecino con alma de poeta trajo la semilla y

como cosa tan deseada puso todo su esmero en que se lograse. En aquellos tiempos nada se hacía sin la bendición de Dios, y, menos aún, el arrojo de la simiente, pues bien sabían que "no es el que planta ni el que riega el que da el incremento sino sólo Dios". Se mandó celebrar una misa con la semilla puesta en el altar, dice Cobo, a fin de que la bendición del sacerdote asegurase el éxito y, con efecto lo tuvo, "porque ha sido una de las plantas que más se han extendido en las Indias y que más copiosamente nace en todas partes".

Nacieron las primeras rosas en el sitio donde más tarde se levantó el Hospital del Espíritu Santo, siendo Virrey del Perú D. Andrés Hurtado de Mendoza, el mismo que poco tiempo después concedía a Gaspar Flores, padre de nuestra Santa, una plaza de arcabucero en la guardia de palacio. Cuando en 1586 nació Isabel Flores de Oliva, vivían sus padres en una casa a espaldas de dicho Hospital, posiblemente levantada en donde antes estaba situado el huerto que fuera vergel de las primeras rosas o, por lo menos, en su inmediación.

¿Y qué suerte corrió aquella primera rosa del pensil limeño? La misma crónica nos cuenta que el mismo Arzobispo D. Fray Jerónimo de Loaiza, la puso con sus propias manos en las de una imágen de bulto de Nuestra Señora que se veneraba en la Iglesia Mayor, en una fiesta solemne y ante todo el pueblo que había acudido a presenciar la ofrenda. Pasó el tiempo y brotó en aquel mismo suelo una rosa de más subido precio. Ella misma, llevada de su amor a la Reina de los Cielos, quiso consagrarle su ser y la Virgen aceptando el obsequio le confirmó el nombre que le dieron en la cuna y que ella se resistía a aceptar y, completándolo, quiso que en adelante se llamase Rosa de Santa María.

FLORECIÓ EL ROSAL

Pasan los años y en el mismo lar
de la flor consagrada y primorosa,
una niña nació para encarnar
la santidad de la primera rosa.

JOSÉ GÁLVEZ, *Estampas limeñas.*

En la Lima de fines del siglo XVI, envuelta en su cendal de niebla y oreada por la brisa marina con que la acaricia el mar, se respiraba un ambiente saturado de religioso fervor. A ello habían contribuído las grandes Órdenes, en cuyos monasterios florecían varones de eminente santidad, como un Francisco Solano y un Fray Andrés Corso, en la Recoleta de Nra. Sra. de los Ángeles, un Diego Martínez y un Juan Sebastián, en el Colegio de S. Pablo de la Compañía de Jesús, un Diego de Ojeda y un Juan Masías, en la Recoleta dominica de Sta. María Magdalena, un Gabriel Saona y un Luis López de Solís, en el convento agustino de Nra. Sra. de Gracia, un Fray Gonzalo Díaz de Amarante, en el de San Miguel de la

Orden de la Merced y un Toribio de Mogrovejo, en el solio arzobispal de la ciudad tres veces coronada. Pero la santidad y la virtud no había ido a refugiarse en los claustros, se paseaba modesta por las calles y plazas y lucía no sólo en los estrados y tapizadas alcobas de los nobles, sino en las humildes viviendas de los artesanos y clase media.

De estas últimas era la que habitaban Gaspar Flores, natural de S. Juan de Puerto Rico, avecindado en Lima desde 1548, y María de Oliva, con quien había contraído matrimonio en 1577. Dios bendijo su unión y no menos de trece retoños fueron el fruto, según declaraba en los *Procesos* la madre de nuestra heroína. Algunos debieron morir de corta edad, pues de ellos no se ha conservado ni siquiera el nombre. Los que se conocen fueron: Bernardina, que nació en 1581; otra mujer, que falleció a los catorce años, según la Santa declaró a D. Gonzalo de la Maza: Hernando, nacido en 1584; Francisco, que vió la luz en 1590; Juana, que le siguió, en 1592; Andrés,

Gaspar [1], Antonio [2] y Matías, de los cuales se hace somera mención por los contemporáneos.

Rosa, que había de ilustrar y ennoblecer su hogar, nació el 20 de Abril de 1586 y fué bautizada en la parroquia de San Sebastián por el cura D. Antonio Polanco, el 25 de Mayo, día de Pascua del Espíritu Santo, siendo sus padrinos Hernando de Valdés y María Orosco, poniéndosele el nombre de Isabel, que era el de su abuela materna. Muy arraigada estuvo la opinión de haber ocurrido su nacimiento el 30 de Abril y a extenderla contribuyó uno de los mejores biógrafos de la Santa, D. José Manuel Bermúdez, pero hay razones poderosas que nos fuerzan a desvanecerla. Tanto el primero de los biógrafos de Rosa, Fray Pedro de Loaiza, que al mismo tiempo fué su con-

[1] En 1709 ingresó en el Monasterio de Santa Rosa, Laura Rosa Flores de Oliva, hija del Capitán Gaspar Flores y Da. Isabel Arsave. Era sobrina de la Santa y nieta de Gaspar Flores de Oliva, hermano de Rosa.

[2] Antonio vivía aún en 1668, pues, escribiendo la Reina Gobernadora al Conde de Lemos, con motivo de la Beatificación de la Santa, le encarga favorezca a sus parientes y, en especial, a su hermano Antonio que se cree está en Condoroma. En la procesión que tuvo lugar el 26 de Agosto de 1669, salió, según Meneses y Arce, en hábito clerical y entre los Diputados de la ciudad, un nieto de una hermana de la Santa.

fesor, como su propia madre, en la información que dió de su vida y consta en los *Procesos,* declaran que nació el 20 de Abril. Hansen, el más célebre y el más diligente historiador de la Santa que examinó en Roma la documentación enviada por sus hermanos los dominicos del Perú, también señala esta fecha. El mismo Bermúdez confiesa que comúnmente se señalaba ese día y la Bula de su Canonización lo corrobora [3].

Pudo dar origen a este equívoco el innegable parecido que ostenta la Virgen limeña con Santa

[3] La placa que en 1720 se colocó en el lugar donde fueran enterradas las secundinas de la Santa, dice también que nació en 20 de Abril.

Esto escribíamos en la primera edición, sin embargo, al revisar el *Proceso Ordinario,* que original se conserva en el Monasterio de Santa Rosa, de la ciudad de Lima, al f. 296, nos hallamos con la declaración de María de Oliva y en ella dice: "Nació postrero de Abril de 1586. Se bautizó a 20 de Mayo, Pascua del Espíritu Santo". La segunda fecha es error manifiesto, pues consta por la partida de Bautismo que éste se realizó el 25 de Mayo. ¿Estará también equivocada la primera fecha? Cabe dudarlo, por lo menos, aun cuando. como dice Bermúdez, el interrogatorio al cual se sujetaban los testigos, diga: nació el postrero de Abril. En el ejemplar de dicho *Proceso* que se guarda en el Archivo Arzobispal de Lima, María de Oliva dice claramente que nació el 20 de Abril y aun en el ejemplar citado del Monasterio de Santa Rosa, Gaspar Flores, su marido, dice asimismo que nació el 20 de Abril. No creemos, pues, que haya motivo para apartarse de lo dicho en el texto.

Catalina de Sena, cuya fiesta se celebra el 30 o una mera confusión de cifras, pero si bien no auspició el nacimiento de Rosa, la incomparable *mantellata* de Fontebranda, en cambio le sonrió en la cuna otra hermana gemela suya, Santa Inés de Montepulciano, virgen dominica que sólo unos cuantos años había precedido a Catalina. Cual frutos de un mismo huerto, Tiépolo, el gran colorista veneciano, las ha representado a las tres juntas en uno de sus grandes cuadros.

ISABEL SE MUDA EN ROSA

A los tres meses de su edad florida
en que pudo contar siglos de hermosa,
una rosa del cielo desprendida
el rostro la rondó cual mariposa.

El Conde de la Granja.

No fué un hecho trivial el que se trocase el nombre de la hija de María de Oliva. Las primeras en llamarla Rosa fueron la india Mariana, que desde muy corta edad entró al servicio de María de Oliva y dos niñas que frecuentaban la casa. Un día, al contemplarla en la cuna o más sonrosada que otras veces o más hermosa, dieron en exclamar: "Ay, qué linda es esta niña. Parece una rosa". Acudió la madre y, entre orgullosa y satisfecha, dijo que bien merecía llamarse así. Celebróse la idea y tan justo pareció a todos el nombre, si exceptuamos a la abuela, que desde entonces no se le dió otro. La única en no querer aceptarlo fué ella misma.

Ya mayor y, prevenida por la gracia, al darse cuenta que ese nombre se le había dado aludiendo a su hermosura, repugnaba que así la llamasen. Dice el Contador Don Gonzalo de la Maza, que, al saber que había una Santa de este nombre, se alegró y él le dió a leer la Vida de Santa Rosa de Viterbo. Pero aun antes de esto un favor que recibió del cielo vino a aquietar sus escrúpulos y a certificarla de que en el trueque se ocultaba un designio providencial. Su madre misma nos lo ha dejado referido. Después de decir que la mortificaba el que le diesen este nombre, añade que, contando su hija unos 25 años, un día viniendo de comulgar en Santo Domingo, le dijo resueltamente: "de aquí en adelante no hay sino llamarme Rosa de Santa María". Extrañó la madre estas palabras y con cierta curiosidad le preguntó cuál era la causa de esa mudanza. La Santa se la dió con toda llaneza de esta manera.

Había ido aquella mañana al templo como tenía de costumbre y en lugar de confesarse con su confesor ordinario acudió a otro. Díjole, entre otras cosas, que le causaba desconsuelo y la desazonaba el que la llamasen Rosa, a lo cual le había repli-

cado él: "¿Pues, hija, no es vuestra alma como una rosa en que se recrea Jesucristo?" Estas palabras penetraron en su interior y al ir a comulgar se imaginó que depositaba en el regazo de María Santísima su alma, cual otra Rosa, suplicándole la recibiese y entendió ella claramente que la Virgen la recibía por suya y escuchó que la llamaba Rosa de Santa María y se persuadió que éste había de ser su nombre y así que la llamasen con él, pues le recordaría quién era el dueño de su alma.

Más adelante, en aquella maravillosa visión con que fué recreada el año mismo de su muerte y en que celebró sus místicos desposorios con su Amado Jesús, éste se dignó confirmarle aquel dulce nombre, al decirle: Rosa de mi corazón, sé mi esposa.

QUIVE

El Santo Don Toribio Mogrovejo
que, a la sazón, de Lima era Prelado
la confirmó por Rosa y el reflejo
sintió, de interna ilustración pulsado.

El Conde de la Granja.

La infancia de Rosa se deslizó tranquila en el hogar sin que otra cosa llamara la atención de los que la trataban, fuera de la mansedumbre de su condición y su paciencia en el dolor. De esto último daremos algunas pruebas, pero antes referiremos los dos hechos más saltantes de su vida en esta época. Por cuanto de ella sabemos, entre sus hermanos, era Hernando su preferido. Éste, que la aventajaba en dos años, vino a ser para Rosa lo que Rodrigo para Teresa de Jesús. Tenía la niña cinco años y era su cabellera rubia y muy hermosa. Un buen día se la manchó sin que se diga el porqué y Rosa vertió lágrimas de sentimiento. Notólo Hernando y sin saber tal vez lo

que decía, entre serio y festivo, la dijo: "Si supieras, hermana, que por los cabellos están muchas almas en el infierno, no llorarías por su causa". Habría oído la frase y la repitió de un modo inconsciente, pero en Rosa hicieron tal impresión sus palabras que de ahí en adelante no volvió a poner cuidado en sus cabellos. Antes se los cortó con disgusto de su madre, cubriéndose la cabeza con un velo.

Tendría unos doce años cuando hubo de dejar Lima para pasar con sus padres al pueblecito de Quive. Está el villorrio como a unos 60 kilómetros de Lima, en el valle del río Chillón que baja desde las alturas de Canta. Gaspar Flores había sido nombrado administrador de un obraje situado en las cercanías y allí permaneció por espacio de cuatro años. La doctrina de Quive estaba al cuidado de los religiosos de la Merced y, estando Rosa en el lugar, vino a visitarla el Santo Arzobispo, Toribio de Mogrovejo. Era esto en el año 1597. Rosa se dispuso a recibir el sacramento de la Confirmación y, siendo su padrino el cura doctrinero del pueblo, Francisco González, recibió la unción sagrada de manos del virtuoso prelado. Ignoramos

si alguna otra vez se encontraron aquellos dos seres predestinados, pero es muy posible que el alma de Toribio se sintiera conmovida al aplicar sus manos sobre la pura frente de Rosa.

En este lugar vino la dolencia a ejercitarla. Hasta entonces no le habían faltado ocasiones de sufrir. Sabemos que en dos o tres ocasiones hubo necesidad de llamar al cirujano para curarle o un dedo seriamente maltratado o una maligna postema que le brotó en la oreja. La débil niña dió muestras de tal entereza que dejó asombrado al Facultativo, D. Juan Pérez de Zumeta. Parecía que estaba en su centro padeciendo. Sólo se la oía musitar, en lo más grave de su pena, aquella jaculatoria que se complacerá en repetir toda su vida: Jesús sea bendito; Jesús sea conmigo. Pero aquí en Quive el mal revistió cierta gravedad. Parece que ya por entonces usaba, para mortificarse, beber agua fría y verterla sobre el pecho y la espalda, cubriéndose luego con sus vestidos, sin enjugarse. Un reuma tenaz paralizó sus miembros y por largo tiempo quedó medio tullida. La madre, para curarla, aplicó a sus extremidades pieles muy cálidas y aun las ató con vendas para

mayor abrigo. Fuera de los dolores que el mal la producía, el remedio se los produjo mayores, porque sea del calor y falta de circulación, sea por efecto de los parásitos que muchas veces esas pieles crían, lo cierto es que se cubrió Rosa de penosas llagas.

Entretanto ella sobrellevaba su dolor en silencio y nadie se hubiera dado cuenta de su mal, si no se le hubiera ocurrido a la madre quitarle aquellos vendajes. Tal se mostró siempre. Una fortaleza más que humana la había endurecido y padecer llegó a ser su delicia. Un ejemplo más y cerraremos este capítulo. Antes o después de lo aquí narrado, una molesta tiña cubrió su cabeza. Como algunos remedios no bastasen, decidió su madre aplicarle unos polvos que alguien le aconsejara. Debían ser muy corrosivos porque su efecto no fué otro sino cubrirla de llagas. Rosa no exhaló un quejido y sólo por acaso María de Oliva se dió cuenta del mal y trató de aliviarlo.

VIDA OCULTA

Era un jardín oculto, cerrado y prisionero
y era una blanca sombra dormida en su sendero.
.. ..
dulce refugio lírico, por su ambiente y su calma
hecho para reposo perfumado de un alma.

LUIS FERNÁN CISNEROS, (*Era una blanca rosa*).

Vuelta de Quive, Rosa ya doncella, se ocultó en la penumbra de su hogar. Su vida permaneció escondida con Cristo en Dios, siguiendo el consejo del gran Apóstol. Sería error pensar que fué muy conocida de sus contemporáneos. Algunos de sus confidentes como el Contador D. Gonzalo de la Maza y el Dr. Castillo sólo vinieron a conocerla tres o cuatro años antes de su muerte. A muy pocos fué dado aspirar el perfume de esta Rosa y, de esos pocos fué, con bastante probabilidad, el Beato Martín de Porras. Así lo declara Fr. Francisco de Santa Fe en los Procesos del insigne lego domi-

nico [1]. Relatando cómo eran muchas las personas que a él acudían, dice: "y algunas veces solía estar de conversación de espíritu con Santa Rosa de Santa María, a quien llamaba la *Rosita* y en estos santos coloquios y celestiales pláticas los vió Fr. Blas Martínez, que ya es difunto, religioso sacristán de aquel tiempo, a quien este testigo se lo oyó decir en muchas ocasiones". Mas, fuera de estas santas amistades, Rosa rehuyó darse a conocer y de la ciudad apenas frecuentaba otro camino que el de su casa a Santo Domingo, distante tan sólo unas tres cuadras. Más tarde, cuando traba amistad con la familia de Don Gonzalo de la Maza, se la verá con más frecuencia por el apartado barrio del Colegio de San Pablo de la Compañía de Jesús, cuya Iglesia gustaba visitar así como el trato de estos religiosos.

Fuera de los ya dichos, muy contadas fueron las personas con quienes llegó a tener alguna intimidad y éstas o eran de mucha virtud como Da. Luisa Melgarejo y las beatas que, como veremos, trataban de seguir su ejemplo y la tenían por maestra

[1] V Cuaderno 3º original del Proceso Apostólico del Beato Martín, f. 671. Archivo Arzobispal de Lima.

o bien eran familiares de D. Gonzalo o amigos de la casa. Para los demás la hija de María de Oliva fué un personaje desconocido.

Aun dentro de su misma casa buscó un sitio donde poder hallarse a solas y antes de la ermita que para sí fabricó en su huerto, dispuso en la habitación donde vivía una como recámara que la aislaba de sus mismos domésticos. Su amor a la soledad es una de sus notas distintivas. Veamos ahora cómo distribuía su tiempo esta adolescente de dieciséis años. Pero antes evoquemos la Lima de entonces, de corto vecindario y despojada de ese constante trajín y bullicio que hoy animan a las grandes ciudades, pero que también fatigan el cuerpo e impiden al espíritu saborear la plácida calma de la vida sencilla. En aquellas horas matinales nada venía a turbar la tranquilidad del ambiente si no eran los vocingleros esquilones de la próxima Iglesia del Hospital del Espíritu Santo, de la Parroquia de San Sebastián o las notas graves de las campanas de Santo Domingo o San Agustín. A Rosa no la despertaban ni ellas ni el alegre piar de los pájaros en el vecino huerto; madrugando antes, podía repetir lo del Salmista:

"Dios mío, a ti se eleva mi espíritu desde el apuntar de la aurora".

Por este tiempo no parece le permitían sus padres acudir al templo todos los días, pero ella desde su retiro asistía en espíritu a las misas que se celebraban en la próxima Iglesia del Hospital o en la de San Agustín. La necesidad y estrechez en que vivían sus padres la obligó a ayudarles desde muy temprana edad y, así, fuera del tiempo que daba a la oración, dedicaba como unas diez horas a la labor de manos o a los trabajos domésticos. Bajo la dirección de su madre y de su abuela había aprendido a leer y escribir y a manejar la aguja y salió tan aprovechada que su madre, encomiando su destreza, no duda llamarla en los procesos: linda costurera. El mismo D. Gonzalo lo confirma y añade que eran primorosos los bordados que salían de sus manos y que no poco ayudó con sus labores a llevar las cargas de la casa. Su hermano Hernando confiesa que trabajaba de día y de noche y los reales que ganaba como los obsequios que le hacían, todo lo entregaba a su madre.

Su madre quería sacarla a veces de su retraimiento y la invitaba a salir en público, pero Rosa

siempre se resistía, obedeciendo cuando no podía menos y, recurriendo otras veces a un medio harto doloroso para ella. Consistía éste en restregarse los ojos con ají molido, lo cual le producía una fuerte inflamación en la vista y la obligaba a verter lágrimas en abundancia. Cuando la madre descubrió el ardid de que echaba mano, la reprendió ásperamente, pero no pudo menos de admirar la fortaleza de su hija.

Llevaba tan hondamente grabado el *ama nesciri* del autor de la *Imitación*, que, habiendo instado D. Gonzalo a su confesor el P. Lorenzana para que la obligase a escribir su Vida, la habló el Padre sobre ella y Rosa respondió que desde niña había pedido a Dios no fuesen conocidas las mercedes que de su mano recibía y que el Señor le había otorgado esta gracia. Al mismo tiempo le manifestó que a este favor se había unido el de que no se dibujasen en su rostro los continuos ayunos y ásperas penitencias que se imponía. Todo esto no lo había de ver el mundo sino sólo Dios.



Uno de los retratos de la Santa que más parecido ostenta con el Boceto de Medoro.

Anónimo (S. XVII).

SU RETRATO

Ví a Rosa y, desde aquel primer instante,
bebí en sus perfecciones peregrinas
dulce veneno en púrpura fragante,
convertidas en flechas sus espinas.

El conde de la Granja.

Empezamos por descartar una opinión que hasta hoy han aceptado algunos: la de haber sido Rosa mestiza. Pintores ha habido, como Carlos Dolci, que han procedido a retratarla dominados por esta idea. Nada menos cierto. Sus padres, aunque nacidos en América, eran de raza española. Por ningún lado consta que hubiese en ellos alguna mezcla de sangre indígena, antes todo induce a afirmar lo contrario. Rosa, por consiguiente, fué criolla.

Al trazar la fisonomía moral de los santos, no es posible prescindir de su aspecto físico. El alma es lo que más nos interesa pero también su envoltura corporal. En el caso de nuestra Santa el interés se acrecienta por la fama de hermosa que le

han prestado la tradición y la historia. De existir un retrato auténtico de ella no habría cuestión posible, bastaría poner los ojos en él; por desdicha, como veremos, ese retrato no existe. Ocurre pues, preguntarse ¿fué en efecto la virgen limeña tan agraciada como la pintan? Decididamente, afirmamos que sí y las razones en que nos apoyamos son las siguientes.

El hecho ya citado de la mudanza de su nombre y la pérdida de su rubia cabellera, ante una reflexión de su hermano Hernando, son ya indicios de su hermosura corporal. Viene luego a confirmarlo la insistencia con que su madre procuró, aun cuando sin resultado, se mostrase en público y se engalanase, juzgando que el destino de su hija no sería distinto al de las demás doncellas de su edad. Cuantos la conocieron, algunos de los cuales declaran en los *Procesos*, dan a entender que Dios la había enriquecido aún corporalmente con dotes nada comunes. El episodio que refiere Bermúdez, uno de sus más autorizados biógrafos, de haberse empeñado unas señoras que visitaban a su madre, se pusiese una guirnalda de rosas en

la frente, revela que sentían placer en mirarla embellecida con ese adorno.

Para nosotros, el más poderoso argumento de su belleza, es el tenaz empeño que puso Rosa en ocultarla y en ajarla y marchitarla. Si repugnó el nombre que la dieron fué por esta causa; si todavía adolescente, afligió su cuerpo con ayunos e hizo uso de baños fríos, no pretendió otra cosa sino perder la viveza de sus colores; si, valiéndose de la india Mariana, metió sus manos en cal viva, fué para que perdiesen la finura que había encarecido una persona al reparar en ellas. Sin embargo, no consiguió por entero su intento y todavía en los últimos años de su vida conservaba la perfección de sus rasgos. Es cierto que la hermosura de su alma añadía un nuevo resplandor a su belleza física, pero ésta no quedó opacada. Así se explica la admiración de Fray Juan de Lorenzana, al darle la sagrada comunión, cuando aún no la conocía. Su angélico fervor y el encendimiento de su rostro lo cautivaron, pero, a no dudarlo, también la perfección de sus rasgos.

De Rosa nos han quedado algunos retratos al óleo pero ninguno puede decirse que es copia del

original. Ella, como hemos dicho, tuvo buen cuidado de ocultar su hermosura y jamás hubiera consentido que el pincel reprodujera sus facciones. La única pintura que podía aspirar a ser auténtica es el boceto que, a raíz de haber expirado, trazó sobre el lienzo un hábil pintor, Angelino Medoro, natural de Nápoles y, según se cree, discípulo en un tiempo de Miguel Ángel. Algunas telas que de él se conservan acreditan su habilidad en el arte. El boceto aludido está muy lejos de revelarnos la verdadera faz de la santa, pero, a juicio de los peritos, comprueba la destreza del autor. La palidez del semblante y los ojos entornados apenas nos permiten columbrar lo que fuera Rosa. Hay fundadas razones para creer que otras dos pinturas que de ella existen se deben también al mismo pincel de Medoro, quien se sirvió del anterior boceto para dar un retrato acabado. Una de estas pinturas se conserva en el convento de Dominicas de Loeches (España) y la otra en el convento de Santa Catalina de la ciudad de Lima. Éste, posiblemente, era el que poseía su madre, María de Oliva, monja en dicho convento, pues consta de su declaración que llevó uno consigo al ingresar. Esta cir-

cunstancia nos permite considerarlo como uno de los más fieles, pero, desgraciadamente, se le retocó después, con muy poca fortuna.

En el convento levantado en el mismo lugar en donde la Santa falleció se conserva otro, más perfecto como pintura y cuyo parecido con el boceto de Medoro no deja de adivinarse, aunque nos representa a Rosa en edad más temprana. A todos estos habría que agregar una pequeña tabla, en gran manera semejante al citado boceto de Medoro, y exenta, a nuestro juicio, de algunos defectos de este último, lo que nos induce a sospechar si se trata del verdadero original o, por lo menos, de una obra de la misma mano. Fué descubierta no ha muchos años y se guarda hoy en la habitación que servía de dormitorio a la Santa en su Santuario.

Todos los lienzos antes citados guardan entre sí cierto parecido y parecen inspirarse en el primitivo lienzo de Medoro, tal y como éste lo trazó, pues alguno que se le atribuye ostenta evidentes retoques posteriores. El que ilustra estas páginas se guarda en una capilla interior del convento de San Francisco de Lima y es de autor anónimo. El

artista ha tenido delante de los ojos la obra del pintor romano y, sin duda, la pequeña tabla a que aludimos antes. Estos retratos confirman la opinión casi unánime de sus contemporáneos acerca de su belleza física, pero no dejemos de advertir que ésta se eclipsa y casi podemos decir se anula si la cotejamos con su belleza moral. Más todavía, sabedora de que la hermosura del cuerpo suele ser ocasión de tropiezo a nuestra débil naturaleza y nos aparta muchas veces de Dios, Rosa concibió una como aversión y odio a ella y, por tanto, se le pueden aplicar con la misma razón que a Santa Inés las palabras que San Ambrosio pone en su boca: "Perezca el cuerpo que podría deleitar a unos ojos que no son los de mi Amado".

VOCACIÓN AL CLAUSTRO

De la Santa de Sena, Catalina,
modelo hiciste en tus fervores presa,
pero otra fué la voluntad divina.

FELIPE SASSONE, (*tríptico de Sonetos a Santa Rosa*).

Sorprende que un alma como Rosa tan amante del retiro y la soledad y tan ganosa de perfección no hubiese aspirado a ocultarse en un claustro. Florecían en la Lima de su tiempo varios monasterios y en todos ellos se practicaba la perfección; podía, por tanto, haber escogido uno u otro. No fué así y la explicación nos la dió ella misma, como luego veremos. Sus mismos confesores la incitaron a abrazar el estado religioso y ella, tan obediente a los directores de su espíritu, los convenció de lo contrario. Desde niña parece que vistió el hábito de franciscana hasta los 20 ó 21 años de su edad, parte por devoción al Serafín de Asís, parte también por insinuación de su abuela Da. Isabel de Herrera, que era gran devota del

Santo. Teniendo 19 años, ocurrió la fundación del Monasterio de Santa Clara, por el celo y diligencia de Santo Toribio y de un buen caballero, llamado Francisco de Saldaña. Éste la ofrecía una dote en aquel monasterio y Rosa lo puso en conocimiento de su madre y del P. Luis de Bilbao, su confesor. Éste le aconsejó que aceptara, pero Rosa, tan obediente siempre, vaciló esta vez y para asegurarse puso todo el asunto en manos de cuatro religiosos, graves y doctos. Como no fuesen de un parecer, Rosa lo tuvo por indicación del cielo. También Da. María de Quiñones, sobrina del Santo Arzobispo, que pensaba encerrarse en aquel nuevo majuelo de santidad la invitó a ser una de sus primeras plantas, pero Rosa no se dejó vencer y en su ayuda vino su abuela: ésta, enferma y achacosa, comprendiendo la falta que había de hacerle, no aceptaba esta separación. De este modo, cumpliόse el designio de Dios que no la quería en el claustro.

Nueva instancia se le hizo para ingresar en el Convento de la Encarnación y parece que entonces halló a su abuela más condescendiente; ya se

disponía la Santa a dar este paso cuando Dios la detuvo en el camino con un prodigio.

Dirigíase con un hermano suyo, tal vez Hernando, al monasterio, cuando al pasar delante de Santo Domingo, se le ocurrió ir a postrarse a los pies de la Virgen del Rosario, a quien tanto amaba. Púsose de rodillas ante sus plantas e imploró su bendición. Permanecía en esta actitud, cuando su hermano le advirtió que no era tiempo de detenerse más, rogándole se levantase. Quiso hacerlo Rosa y sintió que le era imposible moverse. Intentó ayudarla su hermano pero ni aun así logró incorporarse. Entonces Rosa, dirigiéndose a la imagen, le pidió la iluminase sobre lo que debía hacer y, en efecto, sintió que no era del agrado de Dios su ingreso en la Encarnación. Volvió los ojos a María y con filial afecto le prometió no tomar resolución alguna que no fuera de su beneplácito. Dicho esto pudo levantarse del sitio y tornando a su casa, descubrió, aunque confusa, a su madre lo que le había acontecido.

En cambio cada vez era mayor la atracción que sentía por la Orden Tercera de Santo Domingo. El ejemplo de su santa favorita, Catalina de Sena,

la atraía con singular fuerza. Esto la decidió a vestir el hábito blanco de las seguidoras de la virgen sienesa, después de consultarlo con sus confesores. Pero al hacerlo, más que el dictamen de éstos siguió una voz interior que le aseguraba ser ésta la voluntad de Dios. Pidiólo por medio de Fr. Alonso Velázquez, su confesor y el 10 de agosto de 1606, lo recibió en Santo Domingo con grande alegría de su corazón. Desde aquel día procuró seguir más de cerca las huellas de su maestra, Santa Catalina, y ello nos explica el que cuando años adelante le propusiera nuevamente D. Gonzalo de la Maza ingresar al Monasterio de Santa Clara, Rosa le contestó que eso no había de hacerse sin moción de Dios y le refirió lo que le había ocurrido cuando estuvo a punto de entrar en la Encarnación.

Pero aún vistiendo el blanco cendal de la Orden dominica, Rosa quedó en el mundo y en la condición de terciaria, más o menos como su modelo, Catalina de Sena. Hubo, no obstante, quien deseó concederle la profesión religiosa. En 1617, Fray Nicolás de Agüero, que era Vicario Provincial, consultó con algunos Padres Maestros de la Orden sobre si se le podía conceder esta gracia. Casi todos

fueron de parecer que ni las Constituciones ni los Breves concedidos por los Sumos Pontífices, daban facultad para ello. Entonces, el Provincial dió instrucciones a los P. P. Procuradores, que pasaban a Roma, a fin de que obtuvieran la licencia necesaria. Antes de que se pusiera en trámite sobrevino su muerte.

No, el Señor no la había escogido para que fuera flor de los claustros. Su vida, silenciosa y escondida, se deslizaría en el mundo, pero al margen de todo cuanto entraña ostentación y ruido, como el arroyo que mansamente corre entre el césped dejando apenas sentir su murmullo. Mas no por eso dejó Rosa de concebir el pensamiento de arrastrar a otras vírgenes en pos de sí. Ya veremos como ella, a imitación de la incomparable Catalina, tuvo también discípulas y preparó la fundación del monasterio de monjas dominicas que, poco después de su muerte, se levantó en Lima y echó la semilla de otros que llevarían su nombre.

CRUCIFICADA CON CRISTO

¡Santa Rosa de Lima!
deja que el verso gima
al evocar, perplejo, del duro sacrificio,
las cerdas del cilicio
con que ibas deshojando la flor de tu hermosura.

LUIS FERNÁN CISNEROS

El que ama a Jesús no puede menos de abrazarse con su cruz. Por eso Rosa vivió crucificada y a medida que fué creciendo su amor, fué también en aumento su penitente afán. Sorprende y deja atónito el que una joven delicada y tierna pudiera llevar vida tan áspera. Dios quiso conducirla por este camino y la ciñó como a su maestra y dechada, Santa Catalina de Sena, con corona de agudas espinas. Desde muy niña, como ella misma lo dijo a D. Gonzalo de la Maza, de cuya declaración tomamos estos datos, sintióse inclinada a la penitencia. Sólo tenía 10 u 11 años de edad y ya ayunaba a pan y agua los miércoles, viernes y sábados. Los demás días comía muy parcamente y, para

mortificarse más, se concertó con la india Mariana que en la casa hacía de cocinera, para que le preparase un guisado de papas con hojas de granadilla, muy amargas. Fuera de esto, a los 15 ó 16 años, como lo asegura D. Gonzalo, hizo voto condicional es decir, sujeto a la obediencia de sus confesores y de su madre, de no comer carne y ayunar a pan y agua en todos los días de su vida.

Tan rígida abstinencia la observó casi siempre y, especialmente, en los tres últimos años de su carrera mortal, como lo confirma, primero, el hecho de haberle enviado durante todo este tiempo Da. María de Uzátegui, ocho semitas cada semana y segundo, el permanecer encerrada en la ermita de la huerta todos los días, excepto los domingos, que comía con sus padres. Pero no pararon aquí sus rigores. En las cuaresmas solía contentarse con un cocimiento de hojas de granadilla y de una yerba amarga procedente de la sierra, que decía ella a su madre tomaba por medicina. María de Bustamante, monja de la Trinidad, que frecuentaba la casa de Rosa, refiere que un año ayunó, con sólo un panecillo y un jarro de agua, desde la Pascua de Resurrección hasta la del Espíritu San-

to. Y como si todo esto no bastase, guardaba en una redoma que tenía oculta en el jardín un poco de hiel de carnero, la cual tomaba o echaba en los alimentos los viernes del año.

Es decir que la misma solicitud que unos ponen en satisfacer el gusto y recrear el paladar la puso Rosa en gustar lo amargo y negarle al cuerpo lo necesario para el sustento. Con todo, Rosa vivió hasta los 31 años y no parece que sus maceraciones se traslucieran en el rostro y hubiera perdido sus colores. Sea efecto de una especial asistencia de Dios, sin la cual no se concibe pudiera vivir, sea que el amor que ardía en su pecho coloreara sus mejillas, el hecho es que engañaba a quien la veía. Un Viernes Santo salía en compañía de su madre del templo de Santo Domingo y, al llegar al atrio, unos hombres que se hallaban al paso pusieron los ojos en ella. Rosa que desde el Miércoles apenas había probado bocado mostraba la tez tan sonrosada que sus curiosos oteadores no pudieron menos de decir: "qué mortificada sale la monja de esta cuaresma". Advirtiólo su madre y ella quedó confusa.

Si en el comer fué asperísima no lo fué menos

en el dormir. Desde muy niña comenzó a mortificarse en esta parte. Colocaba ocultamente maderos en su lecho y llenaba la almohada con virutas y cañas. Ella misma confesó al P. Villalobos, de la Compañía, que algunas veces no se echaba en el lecho por el horror que le causaba y que en cierta ocasión el Señor se le apareció y la animó a hacerlo recordándole lo mucho que Él había sufrido por ella. Descubierta por su madre, empezó a usar una de lana, pero tan apretada y dura que venía a compararse al adobe o leño que también usó para reclinar la cabeza. El duro lecho, recubierto de tejuelos, que más servía para el tormento que para el descanso, vino a dejarlo sólo dos o tres años antes de su muerte. Por entonces, su sueño se había reducido a dos o tres horas, recostándose muchas veces sobre tablas o bien sentándose en una silla. Con este rigor trató su cuerpo y se sobrepuso a estas dos necesidades naturales, como son el comer y el dormir. Heròico nos parece todo esto pero Ella nos sorprenderá aun con nuevos heroísmos.

BAUTISMO DE SANGRE

> No habrá lengua que explique los rigores
> con que se aflige y a su Amante agrada,
> dando a entender que en solos sus amores,
> con tantas penas, vive consolada.
>
> Agustín Moreto, Comedia Famosa: *Sta. Rosa del Perú.*

Niña todavía comenzó a disciplinarse con frecuencia. Debieron parecerle suaves los golpes con que hería su cuerpo y decidió valerse de la india Mariana. Ésta se resistió en un principio, pero tanto insistió Rosa, se lo pidió con tantas veras, que la criada por darle gusto se avino a hacer el papel de verdugo. Más adelante renunció a este medio, pero no dejó de la mano las disciplinas. Persona que la oyó, como Juana de Bustamante, atestigua que se azotaba reciamente. A los azotes añadió los cilicios. Uno tuvo con el cual se ciñó el cuerpo y que llevó por largo tiempo, sin quitárselo de día ni de noche. También llevaba aplicada al pecho una cruz de madera con púas de hierro

y para no dejar sin tormento a los brazos se los ceñía y apretaba con cordeles que le causaban vivo dolor.

Ya doncella, usó por bastante tiempo una molesta túnica de cerdas que le causaba continua molestia, mas, habiéndole prohibido su madre que la usase, uno de sus confesores, Fr. Luis de Bilbao, le proporcionó uno de jerga que usó hasta su muerte, sólo que para disimular lo tosco de su vestido interior le puso unas mangas de holán que encubrían lo áspero del sayal. Mandó labrar una diadema de plata erizada de púas y ésta se la ceñía en torno de la cabeza, cubriéndose luego con el manto. El P. Villalobos dice que tuvo en sus manos esta corona y contó las púas que pasaban de 90 y, sólo a sus instancias, se la devolvió. En una ocasión, al interceder por uno de sus hermanos, su padre que debía hallarse muy enojado, le dió un golpe en la cabeza y, al clavársele las púas, brotó la sangre de sus sienes.

Lento fué su martirio y, por lo mismo, más doloroso. Ella, no obstante, nunca se sintió satisfecha y no ya gota a gota, pero a raudales hubiera

querido verter su sangre por parecerse a su Esposo Jesús, llagado y ensangrentado por nuestras culpas. He ahí por qué cuando la apretaban sus males o la rendía el rigor con que afligía su cuerpo, se la oía decir: "Dulce Jesús de mi alma, vengan y vengan más dolores". Y Dios muchas veces satisfizo sus deseos, porque a estas voluntarias penitencias vino a añadir las acerbas penas de la enfermedad o las más amargas de la desolación espiritual.

Todo este conjunto de sufrimientos, que a nuestra debilidad y escaso amor a Dios le parece inverosímil pudiera soportar una flaca mujer, hicieron de esta Virgen una verdadera Rosa de Pasión. Y he ahí, en nuestro concepto, su destino providencial y el rasgo característico de su santidad. En este suelo americano, donde todo parece convidar a la blandura y al regalo, y donde la suavidad de las costumbres es un reflejo de la facilidad de la vida y de la clemencia del cielo, era necesario que se alzase ante nuestros ojos está admirable virgen, mostrándonos cómo es posible, no ya superar las bastardas inclinaciones de nuestro

cuerpo, pero aun llegar a crucificarlo enteramente y elevarse hasta la cima de la más pura abnegación.

A fin de no manchar siquiera levemente la hermosura de su alma se esforzó en marchitar la belleza de su cuerpo.

DIRECCIÓN ESPIRITUAL

No me dejaste sola
por el áspera senda,
por donde fuí en tu busca,
rastreando tus huellas.

R. V.

Desde el momento en que el Señor comenzó a favorecer a Rosa con dones extraordinarios, sintió ella la necesidad de tomar un guía que la dirigiera en los caminos del espíritu y no, porque dudase del origen de estos favores, sino para sujetarse en todo a la voz de la obediencia que juzgaba la vía más segura, como en efecto lo es, para acertar con la voluntad de Dios. Sucedióle en esta parte lo que también se lee en la vida de la gran santa avilesa. Algunos de sus confesores no la entendieron o, como ella humildemente decía a Don Gonzalo de la Maza, no supo explicarles bien lo que pasaba por su alma. Más adelante, al hacerse más continuos sus arrobos, Dios la proveyó de excelentes directores y desapareció esta causa de

turbación. Por esta circunstancia no estará de más que nos ocupemos de ellos.

Ya en sus primeros años sus confesores parecen haber sido de la Orden de Santo Domingo. El primero de todos, según declaración de su madre, fué el P. Fr. Francisco de Madrid. Siguieron a éste Fr. Alonso Velásquez, Fr. Juan Pérez, Fr. Bartolomé de Ayala y Fr. Luis de Bilbao, sin que pueda precisarse el tiempo que lo fueron. En los últimos años hacen su aparición Fr. Pedro de Loaiza, el mismo que había de escribir la primera biografía de la Santa y Fr. Juan de Lorenzana, el más autorizado de todos, por su saber y discreción. Este último sabemos que lo fué sólo cinco años antes de su muerte y, por confesión de Rosa, la gobernó con grande acierto. Habría que referirse también al Doctor Juan del Castillo, persona seglar, pero muy versada en asuntos de espíritu, el cual, si bien no pudo ser su director espiritual, mereció recibir las más secretas confidencias de la Santa y la aseguró en sus comunicaciones con Dios [1].

1 Cítase también el nombre del P. Antonio de la Vega Loaiza.

No fueron éstos sus únicos directores. Casi al mismo tiempo que la dirigía el P. Lorenzana, comenzó a tratar con los PP. de la Compañía, a los cuales era muy aficionada su íntima confidente, Dª Luisa Melgarejo. Cuando en 1612 entró Rosa, por vez primera, en casa de D. Gonzalo, su mujer, Dª María de Uzátegui, que se dirigía por los jesuítas, la enderezó hacia ellos. Pudo influír la proximidad del templo de San Pablo a la morada del contador y hasta la insinuación que le hizo el mismo P. Juan de Lorenzana, como nota su biógrafo Bermúdez, pero es indudable que por lo menos, desde entonces, Rosa se complacía en visitar esta Iglesia y mostraba particular devoción a Nra. Sra. de los Remedios, venerada en el altar principal y Nra. Sra. de Loreto, imágenes que aún subsisten.

Ahora bien, entre los jesuítas que ella trató, figuran en los Procesos los siguientes: P. Diego Martínez, insigne misionero de las comarcas de Santa Cruz de la Sierra, el Paraguay, el Tucumán y varón verdaderamente santo; el P. Juan de Villalobos, Rector del Noviciado en 1618, el cual la conoció cuatro años antes de su muerte; el

P. Antonio de Vega Loaiza, que arribó a Lima en 1613 y desde entonces parece haberse comunicado con la Santa, a la cual confesó poco antes de su muerte y el P. Diego de Peñalosa que, según propia confesión, la confesó muchas veces, en los cinco o seis años que tuvo trato con ella [1]. Del primero le dijo la Santa a Don Gonzalo estas textuales palabras: "que después que se comunicaba con los Padres Fr. Juan de Lorenzana y Diego Martínez se hallaba muy mejorada, consolada y alentada porque aunque en su vida no se habían comunicado, de palabra ni por escrito, los hallaba tan conformes en los consejos que jamás diferenciaban en cosa alguna de todas las que con ellos trató".

El P. Diego de Peñaloza, fué llamado por la

1 El P. Villalobos se refiere en los Procesos a otro Padre, que también tuvo comunicación con la Santa.

Llamábase Felipe de Tapia y era Rector del Colegio del Callao en 1617 y antes había sido Ministro en el de San Pablo de Lima. Aquí le conoció la Santa y cuenta el Padre que Rosa le pidió permiso cierto día para hacer unos ramilletes y un arco de flores a la Virgen de los Remedios que se veneraba en el altar mayor.

En la muerte de Rosa estuvo presente un Padre Francisco Nieto con su compañero. ¿Era Jesuíta? Parece que no, pues el Pbro. Jaime Blanco habla de un dominico, *Fr. Francisco,* que se halló presente. Nótese que ya el P. Hansen, ennumerando los confesores de la Santa dice que fueron once, seis de la orden de Santo Domingo y cinco de la Compañía.

familia de D. Gonzalo de la Maza, cuando sudó la imagen del Redentor, que se guardaba en el Oratorio de la casa y se decía obra de Angelino Medoro. Preguntado sobre este prodigio, del cual fué Rosa la primer testigo, no dudó en calificar el hecho de sobrenatural, después de diligente examen, pero, fuera de remitirse al parecer del juez que señalase el Ordinario, mandó que se cubriese la santa imagen. De todos éstos el que más intimó con la extática virgen fué el P. Martínez, quien a su vez, como veremos, le consultaba las mercedes que recibía del Señor. D. Gonzalo, a quien Rosa se franqueó más que a otro alguno, añade, por su parte: "Hasta que con la comunicación de la casa de este testigo, vino a tenerla de los Padres de la Compañía de Jesús, había pasado en silencio lo espiritual de su alma en cuanto a cosas sobrenaturales y, en algunas ocasiones, la veía éste testigo muy gozosa de dicha comunicación. Decía que había encontrado un padre que, desde las primeras palabras que le había comunicado de su espíritu, le había referido el discurso de su camino, como si hubiera pasado por él y lo mismo le dijo, habiendo comunicado al Dr. Castillo. . ."

LAS VÍRGENES SEGUIRÁN SUS HUELLAS

Hace trescientos años que el jardín florecía
y, lleno de perfumes, florece todavía.

LUIS FERNÁN CISNEROS (*Era una blanca rosa*).

La virtud de Rosa no dejó de ser fecunda. Dios que no la llamó a la soledad de los claustros la hizo madre y maestra de otras muchas vírgenes. Diversas veces le fué representado su destino en esta parte y Ella así lo comprendió. En una ocasión se vió rodeada de rosas y, asombrada de ver tantas, deseó saber lo que aquello significaba. Apareciósele la Virgen con el Niño en los brazos y Jesús la mandó recoger aquellas rosas. Hízolo así la Santa y, tomando una de ellas el Divino Infante, le dijo: "Esta rosa eres tú: de ella se encarga con especial cuidado mi providencia. De las demás dispón como te agrade". Quedó la Santa llena de gozo por el favor y comprendió

que las otras rosas simbolizaban las que habían de seguir su ejemplo y fundarían el convento de Santa Catalina. Otro día, hallándose en el huerto, teniendo un manojo de rosas en las manos, se sintió movida a arrojarlas en alto y, ante sus ojos, se formó una cruz de ellas, mientras en lo interior se le daba la inteligencia del hecho. Esas flores eran la imagen de las que como ella habían de seguir al Divino Esposo hasta la Cruz.

Más revelador es el hecho que refiere Fray Luis de Bilbao. Contóle la Santa que una noche vió en sueños muchas rosas esparcidas en el suelo sin orden y, apareciéndosele Cristo, le dijo:

—Rosa de Santa María, esposa mía, levántate y en esta cestita recoge estas rosas y de ellas hazme una guirnalda. —Hízolo así la Santa y tejió una diadema que, amorosamente, puso en la cabeza del Salvador, desvaneciéndose la visión.

—Sería sueño —la dijo el Padre.

—Ya veo yo —repuso la Santa, que no merezco tener revelaciones.

—Pero, ¿qué pensáis os quería dar a entender el Señor con esta visión?

—Bien claro está, Padre. Hay en esta ciudad

muchas Vírgenes que, aunque a los ojos de Dios son rosas hermosísimas, pero como andan repartidas por las casas de sus padres, están como dispersas y sin orden. Quiere mi esposo que yo le haga este servicio de que por mi diligencia se recojan estas rosas y se reduzcan a un modo de vivir, bajo la regla de Santa Catalina, que es como hacer una guirnalda de ellas.

—Y cuándo y cómo se ha de fundar este convento replicó el Padre Bilbao.

—Así es ello, pero se ha de hacer —contestó Rosa—: el cómo y cuándo Dios lo sabe, pero de que se ha de hacer no lo dude.

Tanta certidumbre tuvo de que en Lima se fundaría un monasterio de monjas dominicas, que en una tableta de cera diseñó el plano del edificio y pronosticó a Dª Lucía Guerra de la Daga, mujer muy principal y casada, que ella había de ser la fundadora y la acompañaría en la fundación una hija suya. Otro tanto anunció a su madre, a la cual dijo sería monja del nuevo convento, cosa que ella estuvo muy lejos de tomar por lo serio. La misma Rosa parece haber abrigado un tiempo el pensa-

miento de recogerse a él, una vez fundado, pero luego se desvaneció esta idea, pues Dios la certificó que sólo después de su muerte se llevaría a cabo la obra.

Con todo a Rosa se le debe atribuir en buena parte esta fundación, no sólo porque puso en deseo a muchas personas de que se hiciese, sino, además, por haber sido ella la que arrastró con su ejemplo a muchas otras jóvenes de la ciudad. Ya en la última década de su vida comenzaron a frecuentar su trato algunas doncellas de probada virtud. Siendo ya en número de ocho y considerando que estaban en condiciones de recibir el hábito de la Orden Tercera, resolvió pedirlo para ellas a Fr. Luis de Ojeda, sacristán entonces de Santo Domingo. Una víspera de Navidad se reunieron en casa de Rosa y ante una imagen de Santa Catalina se entretuvieron en preparar los velos, las palmas y guirnaldas de flores que habían de llevar. Luego, por indicación de su maestra, cada una dijo al Niño lo que le dictaba su corazón y, en oyendo las campanas de la Misa de Gallo, cubrióse cada una con el velo y se dirigieron todas a Santo Domingo. Allí, ante

el altar del Rosario, depositaron sus guirnaldas y palmas y, después de confesar y comulgar, recibieron el santo hábito.

Conservamos los nombres de estas hermanas de Rosa. Eran Luisa de Santa María, hija de Juan Daza de Oliva y Juana de Valencia; Catalina, Francisca y Felipa de Montoya; todas las cuales, excepto Felipa, ingresaron en Santa Catalina; Bartola López y Ana de los Reyes, hijas de Andrés López, criado de Don Gonzalo de la Maza; María de Jesús, hija de Simón de Sosa y María Flores; Leonor de Vitoria, viuda y luego parece se les agregó, María Antonia, viuda de Juan Carrillo. Al constituirse la humilde virgen en maestra suya no sólo atendió al bien espiritual que podía hacerles; juzgó también que este semillero de almas virtuosas había de facilitar la erección del monasterio que tanto deseaba.

Se erigió, en efecto, algunos años después de su muerte y tras él y, evocando su nombre y sus ejemplos, se fundaron otros bajo la denominación de *Rosas,* sobre todo cuando su elevación a los altares provocó en toda América una oleada de

santo entusiasmo. Lima, Santiago de Chile, México y Guatemala vieron levantarse conventos de vírgenes que adoptaron la regla de Santo Domingo, pero se colocaron bajo el especial patrocinio de Rosa de Santa María.

HACIA EL MONTE SANTO

Gozémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte o al collado
do mana el agua pura.

S. JUAN DE LA CRUZ.

Un alma tan ávida de unirse a Dios y tan descarnada de todo lo terreno no podía menos de elevarse a las alturas de la contemplación. Era casi una niña, bien que no sea posible precisar la edad que entonces tenía, cuando Dios la previno con el don de su continua y *sensible presencia*[1]. Desde entonces le fué muy fácil y casi connatural el ejercicio de la oración, experimentando tal atractivo hacia ella y tanta suavidad en el trato con Dios que las horas se le pasaban sin sentir. Vinieron luego otras comunicaciones más sutiles y delicadas, sea a manera de visión imaginaria o intelectual, elevándose así cada vez más alto en la unión

[1] El P. Villalobos dice que "había alcanzado una presencia de Dios tan habitual que nunca, estando despierta, lo perdía de vista".

con Dios. Confundíase su humildad en medio de estos regalos pero estaba tan cierto que procedían de arriba que, como ella misma lo declaró a Don Gonzalo de la Maza, desde el primer favor extraordinario que recibió del Señor, no pudo dudar que fueran de su divina mano.

A tiempo de esto comenzó a dar noticia de su vida espiritual a sus confesores, pero éstos le dijeron que dejase aquellas cosas, atribuyéndolo a vahidos de cabeza y a "vapores de las semitas que comía". Tal actitud es fácil de explicar. No faltaron por entonces en Lima mujeres tan ligeras de cascos o tan sobradas de malicia que dieron en fingir arrobos y simular éxtasis y venderse cual si fueran grandes siervas de Dios y muy grandes confidentes suyas. Descubiertos sus embelecos, vinieron a parar algunas en las cárceles del Santo Oficio y otras remontaron el vuelo, escondiéndose donde no pudieran ser habidas. Este género de alumbradas hizo desconfiar a muchos directores de almas. A esta razón puede añadirse otra. No a todos ha sido dado penetrar en las vías del espíritu ni todos, aun calzando algunos puntos en la teología mística, tienen de ella un conocimiento prác-

tico. De allí el que se muestren cautelosos en demasía o prefieran llevar a las almas por el camino trillado y, siempre seguro, de la abnegación y oración común. Así sucedió a nuestra Santa, permitiéndolo Dios para purificarla más, pero a su tiempo le envió quienes supieran leer en su alma y entendiesen los dones con que Dios la enriquecía.

Nos vamos a referir a algunos de ellos. Fuera del sentimiento de la presencia de Dios, don muy singular que, como hemos visto, le fué concedido en edad todavía temprana, Jesucristo y su Santísima Madre la recrearon muchas veces en forma sensible, a manera de visión imaginaria. A este orden pertenecen sin duda las frecuentes apariciones que tuvo del Niño Jesús hasta el punto de serle familiar su comunicación. Aquí tiene su origen la costumbre de representarla con el Divino Infante en los brazos. Disfrutó de otras más altas, acompañadas de hablas interiores, como la siguiente que no es posible omitir por la lección que de ella se desprende. Se halla en los Procesos, en la declaración prestada por D. Gonzalo, quien la oyó de labios de Rosa.

Andaba ésta un tanto afanada en ayudar a sus

padres y un día, estando en oración, se le presentó Jesucristo, disfrazado de cantero y en medio de muchas piedras y mármoles por labrar. Dirigiéndose a ella le preguntó si le admitía por su esposo y la santa, aunque confusa, no pudo menos de darle el sí. Díjole entonces Jesucristo que no se preocupase por las necesidades de sus padres, que él cuidaría de ellos, mas que, habiendo él de ausentarse, cuidara de labrar y pulir algunas de esas piedras que tenía delante. Púsose Rosa a hacer lo que le habían encomendado, pero advirtió que apenas adelantaba y mientras ella se llenaba de rubor y balbuceaba una excusa por su escasa diligencia, Jesucristo sonriendo la introdujo en una oficina donde muchas hermosas doncellas se empleaban en labrar y pulir mármoles y le dijo: "No creas, hija mía, que eres la única en esta dura tarea". Reparó la Santa en las vírgenes que así trabajaban y advirtió que sus lágrimas servían para ablandar las piedras y que las ricas vestiduras que las cubrían no perdían su lustre con el polvo desprendido. Admiraba el pulimento y acabado de algunas de las piedras y en esto se vió a sí misma entre aquellas vírgenes, vestida con idénticas galas.

Bien comprendió la Santa el sentido de esta visión y, desde entonces, no se inquietó por la suerte de sus padres, dejando ese cuidado al Señor que miró por ellos y se entregó del todo a su servicio.

Resumiremos esta materia con las palabras del Dr. Castillo que la examinó con prolijidad en esta parte. Hasta los doce o trece años, aunque muy aficionada a la oración, ésta no pasó de ser ordinaria. A partir de entonces, "comenzó el Señor a hacerle muy señaladas mercedes sobrenaturales, de modo que la puso Dios en oración *de unión* y perseveró en ella hasta que murió. Fuera de esto se le comunicó de otra suerte y su unión con Él era de modo que, aun comunicando con otros, no la perdía. Algunas veces Dios se apartaba de ella no sólo sobrenaturalmente sino aun naturalmente" y entonces sufría penas indecibles.

DIOS EN SUS CRIATURAS

Aquí el florido y aromoso huerto
donde, invitadas por tu voz, las aves
al Señor tributaban un concierto
de alabanzas y cánticos suaves;
donde aun las hojas con murmullo incierto
y aun los insectos con zumbidos graves,
como movidos por celeste encanto,
acompañaban tu inspirado canto.

CLEMENTE ALTHAUS, *Obras Poéticas.*

Ver a Dios en sus criaturas es prerrogativa de los santos, aun cuando a nadie esté vedado el camino que por ellas nos remonta a Dios. Rosa que en todo hallaba motivo para alabar a su Creador, supo entender muy bien el lenguaje mudo de los seres inferiores que la incitaban a elevarse hasta él. Por eso amó la naturaleza y halló sus complacencias en ella. Un día se preparaba a encender fuego y había tomado un tizón, cuando oyó los trinos y gorjeos de un pajarillo y como tan aficionada que era a la música y el canto, se detuvo a escucharlo. La avecilla removió las fibras de su

alma y la engolfó en la contemplación de su autor. Al salir Rosa de su arrobo, advirtió que el fuego había consumido casi todo el leño. En su sentir todo había sido cosa de un instante, pero, en realidad, allí había permanecido largo rato.

Amaba las flores y ponía especial cuidado en cultivar las macetas de su jardín. Éste era, puede decirse, su único recreo. Alguna vez mereció por ello una ligera reprensión de su Amado Jesús. Tenía en un tiesto una hermosa mata de albahaca, cuya verde copa halagaba la vista no menos que el olfato. Una mañana se encontró el tiesto hecho pedazos y mustia la mata por el suelo. Sintiólo vivamente y, al retirarse del lugar, vió, con los ojos del alma, a Jesucristo que le decía: ¿No soy yo la Flor más preciada de tu corazón? ¿Por qué te afliges? Has de saber que yo mismo he sido la causa del destrozo. El gran poeta Verdaguer ha cantado este episodio y no le pesará al lector escucharle:

No hay como Rosa de Lima,
si es para amar al buen Dios:
al rezar, un incensario

parece su corazón,
y el alma, una llamarada
que al cielo sube, de amor.

Para holgar, cándido lirio
en un tiesto ella plantó,
como una amorosa imagen
de Cristo Nuestro Señor.

Con sus delicados dedos
cava la tierra al redor,
con agua la sed le apaga
que de sus manos en flor
derrama, cual mansa lluvia
que de los cielos bajó.

Yendo a regarlo así un día,
roto su lirio encontró
y la maceta en pedazos
por los suelos... Dá una voz:
"Mi Jesús!,—muy sorprendida—
¡Mi Jesús, ¿qué veo yo?
¿Quién de este modo ha pisado
mi queridísima flor?".

Jesús responde: "Yo soy
quien tu lirio ha destrozado,

pues, Rosa mía, otro amor
fuera del mío no quiero
que anide en tu corazón".

(*Obres Postumes*, Barcelona, 1908.)

Aun más que las flores gustaba contemplar en las noches estrelladas los astros del firmamento. Ese encaje de luces con que se viste el cielo arrebataba su espíritu y lo elevaba hasta el Creador. Alguna vez, en casa de Dª María de Uzátegui, ésta hubo de reprenderla por que viéndola inmóvil largo rato con la vista fija en el cielo, juzgó que el relente de la noche podía hacerle daño. En el retiro de su huerto entregábase a este ejercicio del cual sacaba mucho provecho, razón por la cual solía aconsejar a otros lo practicasen.

Pero los santos tienen también sobre las criaturas un dominio que tiene visos de prodigioso. Se diría que para ellos ha vuelto el estado de la naturaleza pura, cuando todo lo criado se sujetaba al hombre. Es un don merecido, en parte, por la pureza de su alma y un efecto de la universalidad de su amor, extendido aun a los seres inferiores. Rosa participó también de este privilegio. Unos

ejemplos lo confirmarán. Criaba su madre un pollito en la casa y aguardaba que cantase, pero en vano. Juzgando que había de ser inútil para gallo, decidió matarlo. Súpolo Rosa y, compadecida del animal, empezó a decirle: "Canta, pollito, canta y no morirás". Al punto echó el ave a cantar como si fuera el alba y salvó la vida. Lo que se cuenta de los mosquitos de su ermita se halla también autorizado por las declaraciones de testigos presenciales. Ella misma se lo refirió, además, a Don Gonzalo, de esta manera: "Yo tengo hecha amistad con los mosquitos, desde que vine a esta celdita y así no sólo no me pican pero antes me son motivo muy grande para alabar a Nuestro Señor, porque por las noches se recogen allí dentro y se pegan por estas paredes grande multitud de ellos y, cuando por las mañanas vengo y abro la puerta, les digo que alabemos a Nuestro Señor y, verdaderamente, Padre mío, según mi oferta, me parece que los mosquitos lo hacen con concierto".

Aquí hallamos explicado el porqué de este influjo fascinador. Rosa que vivía como cercada de Dios y le hallaba en todas las cosas, podía siempre decir con el Salmista: "Bendigan a Dios todas

sus obras, bendíganle todas las simientes de la tierra... bendíganle todas las aves del cielo... bendíganle todas las bestias y ganados..." Y con efecto, el canto de las aves, el perfume de las flores, el zumbido de los insectos y el vaivén de los mismos árboles, eran para Rosa notas del concertado himno que toda la Creación entona a su Hacedor.

IN GRATIA CANTANTES DOMINO

Canta con los arpados ruiseñores
la gloria y los favores
del bondadoso Dios que al mundo baja.

LEONIDAS PALLARES ARTETA.

Fué Rosa muy aficionada a la música. Desde niña aprendió a tañer la vihuela, su instrumento preferido, y se complacía en cantar. Su alma delicada y llena de hondo júbilo tenía que prorrumpir en alabanzas a su Dios. Así se explica esta frase suya: "quitarme a mí el cantar es lo mismo que quitarme el comer". Su espíritu estaba muy lejos de ser adusto o tétrico. No era inclinada a la melancolía y aun en medio de sus grandes aflicciones de cuerpo y espíritu sabía explayar los sentimi tos de su alma en las notas cadenciosas del de la música. Sus contemporáneos nos servado algunos cantares, si bien n asegurar que ha habido entera transcripción. Unos, los má

claramente a su nombre y son una expansión del amoroso pecho de la Virgen:

Ay, Jesús de mi alma,
qué bien pareces,
entre Rosas y Flores
y Olivas verdes [1].

A su Ángel de Guarda, con quien mantuvo tan íntima correspondencia, le dedicó esta letrilla, ágil y espontánea, como algunos versos de Teresa de Ávila:

Joven celestial,
vuela al Criador,
díle que sin vida
yo, viviendo estoy.

Díle de mis ansias
el grande rigor,

el P. Getino O. P. señaló el parecido de esta copla con estos
pe:

Río de Sevilla
cuán bien pareces,
con galeras blancas
ramos verdes.

(Lo cierto por lo dudoso. Act. I)

pues vive el que espera
y me muero yo.

Ruégale que venga
hacia mí veloz;
muéstreme su rostro
que muero de amor.

No todos los que entonaba eran de su invención; también parece haberse servido de algunas coplas muy en boga entonces, como aquellas que empiezan:

Las doce han dado
y mi amor no viene,
¿quién será la dichosa
que lo entretiene?

tomadas de la conocida obra de Rojas, primicia de la novela picaresca española y, como ya lo advirtió el P. Getino, resonaba en los puros labios de Rosa con un acento muy diverso del original. Por el estilo de los precedentes son éstos que también se citan como suyos:

¡Ay de mí! a mi amante
¿Quién le suspende?
Ya llega el mediodía
Y no aparece.

Mientras en otra parte
Sin mí lo pasa,
Corazón, alma y vida
Se me desmayan.

Entre las demás que se le atribuyen hay dos que le convienen de lleno y no hay dificultad en asignárselas. Helas aquí:

¡Oh, mi Dios, si yo te amara!
¡Oh, si te amara, mi Dios!
¡Y amándote me quedara
ardiendo en llamas de Amor!

¿Cómo te amaré mi Dios?
¿Cómo te amaré, Señor?
Siendo yo tu criatura
Y tú el Criador.

Padre mío, Domingo,
Antes que muera
te encomiendo mi Oliva
que sola queda.

Esta última se la oyó repetir su madre, unos días antes que cayera enferma de la enfermedad de que murió. Era su canción postrera y una demostración del afecto que profesaba a la autora de sus días.

Su confesor, el P. Loaiza, refiere también que muchas tardes, cuando al caer el sol, entraba Rosa en su huerto para entregarse a la oración, venía un pajarillo a posarse en un árbol vecino a su ermita y desde allí comenzaba a gorjear como despidiendo al día. El canto la embelesaba y, compitiendo con el ave, poníase la Santa a cantar esta copla que el mismo autor transcribe:

Pajarito ruiseñor:
alabemos al Señor,
alaba tú al Creador
y yo a mi Salvador.

Después de leído esto, quisiéramos que Rosa se hubiese ensayado en un género más alto, pero no es razón que exijamos de la humilde flor de Lima lo que no fué concedido a una mujer tan bien dotada como la Santa avilesa. Rosa, llevada de su afición por el canto y acostumbrado su oído a la

rima fácil de las canciones populares, supo, a veces, dar forma poética a su pensamiento, pero nunca podrá decirse que intentara escribir en verso. Si nos hemos referido a sus ensayos en la poesía, sólo ha sido para probar una vez más cuán plácida y sincera era su alma y el tesoro de candor y de armonía que ella encerraba. Rosa cantaba como canta el agua cristalina al deslizarse por la florida vertiente que la encauza.

MÍSTICA DOCTORA

Si no fuiste doctora entre doctores
ni sus versos hiciste ni su prosa,
tu plática escucharon, silenciosa,
los insectos, las aves y las flores.

FELIPE SASSONE, (*Tríptico*).

Más que estos cantares, leves trozos de su intelectualidad, nos interesan sus ideas sobre la vida espiritual y sus conocimientos en la más alta de las ciencias, la teología mística. Por desdicha no conocemos sino una parte mínima de sus escritos, aun cuando no dejó, como vamos a verlo, de trasladar al papel los estados de su espíritu y las mercedes con que Dios la favoreció. Indicio cierto de su elevada perfección fué el testimonio que dieron de su espíritu varios varones tan experimentados como Fr. Juan de Lorenzana, el Dr. Castillo y el P. Diego Martínez de la Compañía de Jesús. El segundo nos dejó un precioso fragmento de la vida interior de la Santa en donde se nos refiere una

de las grandes mercedes que recibió de Dios. Es, puede decirse, una página de su diario íntimo, pues el Dr. Castillo no hizo sino transcribir lo que oyera de labios de Rosa. Copiaremos el primer párrafo a fin de saborear la dulzura de sus palabras: "Suspensa estaba yo en la luz unitiva de contemplación quietísima cuando vi un relámpago de admirable resplandor y hermosura. En el centro de esta claridad deslumbradora estaba un arco, vistosísimo, matizado de bellísimos reflejos y arreboles. Sobre este arco se veía otro de igual grandeza y hermosura que remataba con la Cruz del Salvador, retocada de púrpura, humedecida en sangre, barrenados los lugares de los clavos y coronada con el título triunfal del Redentor. Lo interior de este iris lo llenaba la Humanidad sacratísima de mi Señor Jesucristo, despidiendo rayos de tanta gloria como nunca me había sido mostrada. Plugo a su dulce bondad comunicarme fuerzas extraordinarias, maravillosamente vivas y eficaces, con que pudiese por mucho tiempo y muy a mi gusto mirar de hito en hito a mi Rey magnificentísimo, registrando toda su hermosura. Porque entonces no le veía como otras veces.

de lado, ni sólo se manifestaba cabeza y pecho sino que le contemplaba derechamente, cara a cara, de la cabeza hasta los pies. Saliendo de la Humanidad de Jesucristo sentí que llegaban hasta el fondo de mi alma llamas inexplicables de gloria, de suerte que pude pensar que estaba ya totalmente libre de las prisiones de esta carne corruptible y trasladada a los goces de la fruición eterna"[1].

Lo que antecede nos era ya conocido, pero modernamente se han encontrado dos pliegos de papel con unos gráficos y leyendas explicativas de manos de la Santa que son del mayor interés. Guardábanse dentro de un marco de plata en la capilla interior del Monasterio de Santa Rosa, levantada en el mismo lugar en donde exhaló su último suspiro la Virgen limeña, como lo dice esta inscripción grabada en una placa de bronce:

[1] Como ella misma dijo al Dr. Castillo y éste nos lo dejó por escrito, desde los cinco años comenzó a hacer oración mental y en ella se fué ejercitando con mucho fervor todo el tiempo que podía hasta ser de edad de doce o trece años, tiempo en que comenzó Dios a hacerle muchas mercedes sobrenaturales.

Desde este lugar, dichosa,
partió con vuelo ligero,
triunfante, pura y hermosa
la que fué limeña Rosa.

Cábele al P. Luis Getino O. P. la ventura de haber descifrado, el primero, estos "acertijos místicos", como los llama él acertadamente, en los cuales Rosa "a falta de pincel, encuentra en las obedientes tijeras el modo de expresar lo que el dibujante más diestro no trazara con mayor propiedad". No nos debe extrañar, por otra parte, que la endiosada Virgen se sirviera de estos gráficos para expresar los estados por los cuales había ido ascendiendo su alma, hasta llegar a la más perfecta unión pues el mismo San Juan de la Cruz se valió de ellos en sus obras. La vista de los símbolos escogidos por la Santa, corazones, heridos, alados o traspasados, cruces, lanzas y lemas explicativos, no son todo lo claros y precisos que fuera de desear, mas con todo nos ofrecen, como indica el citado autor "un hilo para caminar por el dédalo de su vida mística".

Pueden distinguirse perfectamente en ellos dos

elementos que, a veces, se compenetran: los grados de la *escala mística, moradas* que diría Santa Teresa, por los cuales va ascendiendo el alma al monte de la perfección y las *mercedes* o gracias sobrenaturales recibidas por la Santa y de las cuales habla por propia experiencia. Sobre ambos tenía Rosa escritos unos cuadernos, cuyo paradero se ignora hasta el presente y debió redactar por orden de sus confesores, a cuyo juicio debió someterlos, como lo hace con los pliegos de que venimos hablando. Fuera del valor en ellos encerrado, por la alteza de la materia y por su calidad de documento autobiográfico, los abona su originalidad, pues Rosa no omite decirnos que todo cuanto escribe no lo ha aprendido en los libros sino en el trato y conversación con Dios. He aquí sus palabras: "Confieso con toda verdad en presencia de Dios que todas las mercedes que (he) escrito, así en los cuadernos como *esculpidos y retratos en estos dos papeles*, ni los he visto ni leído en libro alguno. Sólo si obradas en esta pecadora de la poderosa mano del Señor, en cuyo libro leo, que es sabiduría eterna quien confunde a los soberbios y ensalza a los humildes,

cumpliéndose que lo que escondió a los prudentes y sabios revela a los párvulos".

Llama, sin embargo, la atención la coincidencia que guarda Rosa con el insigne asceta de la Provincia Jesuítica del Perú, el P. Diego Álvarez de Paz. Éste en el tomo tercero de su monumental obra, titulada "De Inquisitione Pacis sive Studio Orationis" (Lyon, 1617), nos habla en el Libro V, Parte III, de los grados de la contemplación u oración perfecta y numera catorce como lo hace Rosa de Lima. El docto jesuíta manifiesta en el prólogo que le han servido de guía en su trabajo los escritos de los Santos Padres y varones eminentes en esta sublime ciencia y de eficaz ayuda las oraciones de algunas almas muy puras y de extraordinario trato con Dios a quienes se ha encomendado. Repárese que la fecha de la impresión de su obra es la del año en que falleció la Santa. ¿No sería una de estas almas la Virgen limeña?

HERIDAS DE AMOR

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me lo has robado
¿por qué así lo dejaste
y no tomas el robo que robaste?

San Juan de la Cruz.

Aun cuando estas materias, por su elevación, escapan a quienes nos arrastramos todavía a ras del suelo, con todo, siempre será útil y provechoso ver a qué altura puede ascender un alma con el poder de Dios. Por eso vamos a enumerar aquí las mercedes que la Divina Bondad hizo a Rosa, según nos lo refiere ella misma, transcribiendo los lemas explicativos que acompañan a los corazones que son el símbolo preferido por la Santa. Copiemos antes la glosa con que anota las tres primeras de su escrito: "Hechas todas estas mercedes en diferentes ocasiones que no puedo numerar, porque las he recibido repetidas veces, alternándose gran padecer y muy exquisitos cri-

soles, *como en varias ocasiones tengo escrito*, para gloria de Dios".

"Primera merced de eridas que recibí de Dios. Con lansa de acero me irió y se escondió". Este herir y esconderse del Amado nos recuerda los delicados versos de San Juan de la Cruz:

¿A dónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste,
habiéndome herido:
salí tras tí clamando, y eras ido.

Y nótese aquí y para lo de adelante que Rosa en sus ascensos místicos no conoció los tanteos de los principiantes, cosa que llenaba de admiración a su confidente el Dr. Castillo, ni anduvo por las oscuridades de los menos perfectos sino que de un vuelo, puede decirse, ascendió a aquel grado, descrito por Santa Teresa en las *Moradas Sextas*, en donde se nos habla de "aquellos impulsos delicados y sutiles que proceden de lo muy interior del alma" [1]. A este grado se siguen otros dos: el

[1] Fuera del Ejercicio Angélico compuesto por la Santa y que traen sus biógrafos el escrito de más valor que nos queda de ella es éste del Dr. Castillo que él intituló: "De la Contemplación y grados

primero lo representa Rosa por un corazón dentro del cual se ve la figura de Jesús Niño. Alrededor escribe la Santa: "Aquí descansó Jesús, abrasándome el corazón". Luego le presta alas a la vital entraña y el ribeteado lema dice: Vuela para Dios: el campo del corazón lo llenó Dios de su amor, haciendo morada en él.

Síguese luego un apunte biográfico de inapreciable valor que nos obliga a lamentar más aún la pérdida de sus cuadernos. Dice así Rosa: "Estas tres mercedes recibí de la piedad divina antes de la gran tribulación que padecí en la confesión general, por mandato de aquel confesor que me dió tanto en que merecer, después de haber hecho la confesión general y de haber padecido cerca de dos años de grandes penas, tribulaciones, desconsuelos, tentaciones, batallas con los demonios, ca-

della en que Nuestro Señor a puesto a un alma". Por desdicha no lo poseemos íntegro, conservándose tan sólo algunos fragmentos citados por Hansen, Bermúdez y otros autores. Consta, sin embargo, por la declaración prestada por D. Pedro de Ortega Sotomayor, en 1631, Obispo que fué de Trujillo y del Cuzco, que un ejemplar se conservaba en esta ciudad, donde él lo había visto, otro se remitió a Su Santidad por medio de su Nuncio en Madrid y otro a España al Cardenal de Borja con el Conde de Oropesa. Ojalá que un día se de con el paradero de una de estas copias.

lumnias de confesores y de las criaturas, enfermedades, dolores, calenturas y, para decirlo todo, las mayores penas del infierno que se puede imaginar, en estos años últimos. Habrá unos cinco años que recibo del Señor las mercedes que en este medio pliego de papel he puesto por inspiración del Señor y *experiencia de mi propio corazón, aunque indigno*".

La senda por donde se llega a la perfecta unión con Dios está erizada de espinas y la vía de la más alta santidad no puede carecer de cruces, por eso Rosa es afligida antes de llegar a los brazos del Esposo, confirmando con su propio ejemplo lo que ya he apuntado de esta escala mística, esto es que por ella no se sube sino es con humillación y dolor. Los grados siguientes corresponden a lo que pudiera llamarse purificación pasiva y Rosa los representa por medio de corazones, unas veces atravesados con rayos de amor, otras herido con flecha o sumergido en Dios, orlándolos con otros signos y con los siguientes lemas por su orden:

"Aquí padece el alma una impaciencia santa. Corazón lleno del Divino Amor escribe fuera de sí".

"Corazón atravesado con rayo de amor de Dios".

"Corazón herido con flecha de amor divino".

"Hallé al que amaba mi alma: téngole y no lo dejaré".

"¡Oh dichoso corazón que recibiste en arras el clavo de la pasión!"

"Llagado corazón con el fuego del amor de Dios, en cuya fragua se labra. Sólo sana quien ya labró con amor".

"Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo" (Adornadme con flores, cubridme de manzanas que adolezco de amor).

"¡Oh dulce martirio que con arpón de fuego me ha herido!"

"Corazón herido con dardo de amor divino da voces por quien hirió".

"Purifícate, corazón, recibe centella de amor puro para amar a tu Creador. Desata, Señor, el nudo que me detiene".

Finalmente, Rosa pinta seis alas pequeñas al corazón y debajo de él coloca la cruz, inseparable compañera siempre del alma, pero que, en llegando a este estado apenas se siente, hecho que

Rosa simboliza dejándole sólo un punto de contacto con el corazón y luego dibuja la imagen de la Santísima Trinidad y deja que en su seno se pierda un corazón sin herida alguna, escribiendo al lado de estos místicos emblemas estas palabras: "Arrobo, embriaguez en la bodega, secretos de amor divino. ¡Oh dichosa unión, abrazo estrecho con Dios!"

Lo expuesto no hace más que levantar la punta del velo que cubría el interior de la celda que Rosa había fabricado en su alma, a imitación de su maestra Santa Catalina de Sena, pero ello es bastante para que con justicia podamos colocar a la virgen limeña al lado de la extática y estigmatizada virgen sienesa, de Teresa de Jesús o de Magdalena de Pazzis. Como bien advierte el P. Getino, de haber vivido más tiempo la Santa, muerta a los treinta y un años de edad, es casi seguro que nos hubiera legado otros testimonios de sus conocimientos en la mística y habría podido sin recelo parangonarse con aquellas ilustres santas.

MORIR POR JESÚS

Rosa va al del Rosario, deseosa
de lograr el martirio que apetece
y al Señor, que patente está, gustosa
el dócil cuello al sacrificio ofrece.

(*Vida de Santa Rosa.* Poema Heroico del CONDE DE LA GRANJA. Canto XII.)

Ha sido frecuente representar a Rosa sosteniendo un ancla entre cuyas uñas se eleva la silueta de una urbe. Los artistas e imagineros han querido mediante este símbolo recordar el hecho que algunos de sus biógrafos la atribuyen, de haber salvado a Lima de la incursión de unos piratas. Veamos lo que hay de verdad en ello. En 1615, gobernando el Perú el Marqués de Montesclaros, penetró en el mar Pacífico Jorge Spilbergen con cuatro bajeles armados. Después de un recio encuentro sostenido a la altura de Cañete entre la armada española, a las órdenes de Rodrigo de Mendoza y los navíos holandeses, sin que por una

y otra parte se decidiese la victoria, presentóse el pirata a la vista del Callao, víspera del 22 de julio. Cundió la alarma por toda la ciudad y el Virrey mandó aprestar las milicias y ordenó se dirigiesen al puerto todos los hombres de armas y caballeros principales para estorbar un desembarco. La alerta enardeció los ánimos y debió intimidar al adversario que sabía ya por experiencia el arrojo de los de tierra. Un testigo presencial del suceso dice que el pirata se contentó con disparar dos de sus piezas contra el recinto del puerto, levantó anclas e izando las velas se alejó de la costa con rumbo al norte [1]. El propio Marqués, en su Relación de Gobierno, le dedica a este episodio tan sólo unas líneas y se limita a decir que en poco más de veinticuatro horas organizó la defensa y "aunque el enemigo surgió no hizo daño, antes le recibió y le resultara mayor si prosiguiera el intento de tomar tierra".

¿Qué sucedía entonces en Lima? La autoridad eclesiástica, desde el momento en que se tuvo noti-

[1] *Descripción de Lima* de un Anónimo Portugués. Ms. de la Bibliot. Nac. de París. V. *Manuscritos Peruanos en las Bibliotecas del Extranjero.* Tomo I. p. 41 y s. del autor de estas páginas.

cia de la proximidad del enemigo, dispuso se elevaran preces en todos los templos y monasterios, a fin de impetrar el auxilio de Dios contra los enemigos de la fe cristiana. En la Iglesia de Santo Domingo se expuso a la adoración de los fieles el Santísimo Sacramento y Rosa, como tan amante de la Eucaristía, voló a postrarse ante las plantas de su Amado y Señor. Allí permaneció inmóvil, acompañada de otras mujeres devotas, entre las que se contaban su madre y algunas de las hermanas que trataban de imitarla. Por la relación que nos ha dejado la primera, la Santa temía que de poner los enemigos el pie en tierra se lanzaran al asalto de los templos y profanaran los vasos sagrados. De ahí que fuera a Santo Domingo no sólo para adorar a Dios y pedirle alejase de la ciudad el peligro que la amenazaba sino, además, para defender con riesgo de su vida el Sacramento de cualquier ultraje. Así se explica el que llevara consigo las tijeras que le sirvieron luego para cortar, como lo hizo, los bajos del hábito a fin de poder con menos estorbo acercarse al altar y librar las sagradas especies de caer en manos impías.

La ciudad estaba casi desamparada, pues hasta

los religiosos habían acudido al socorro del puerto. Temíase por momentos el asalto y en el ánimo mujeril cualquier señal sembraba el alarma. En tales circunstancias llegó hasta Santo Domingo el falso rumor de la aproximación del enemigo y en la concurrencia surgió el desconcierto. Mientras unas se entregaban al llanto y conmovían con sus gritos a los presentes, Rosa, que desde la capilla de San Jerónimo elevaba sus súplicas al cielo, no perdió el ánimo, cortóse, como hemos dicho, su blanco hábito, se desciñó el manto y exhortó a sus compañeras a dar la vida en defensa del Sacramento. Ella, la humilde y púdica virgen, que rehuía mostrarse al mundo y se ocultaba cuanto podía a sus miradas, no dudó entonces descubrirse y dar señales del vivo deseo que sentía de morir por Cristo.

Bien pronto se desvanecieron los temores al extenderse la noticia de la fuga del pirata. Rosa tomó parte en la alegría que la nueva causó, pero allá en su interior debió sentir que se le fuese de las manos esta ocasión de verter su sangre por el Amado, si bien con humildad reconocía que no era digna de esta gracia. Tal es el episodio que ha dado

motivo a considerarla como defensora de la ciudad. Sin duda que las oraciones de la Santa, junto con las de tantas almas justas que por entonces la habitaban, alejaron de ella este flajelo, pero no es posible desdeñar el influjo de las causas segundas que a Dios también obedecen y de las cuales se sirve para alcanzar sus fines. Podrá ser que cierta piedad mal entendida se desazone un tanto con la reflexión que aquí hacemos, pero es preferible que nuestra devoción se apoye en la verdad y no en motivos algo deleznables.

No faltan en cambio seguros datos sobre su amor a la tierra que le vió nacer. Vayan los siguientes. Un día del mes de diciembre de 1604 abandonaba su celda de la Recolección de Santa María de los Ángeles un fraile de rostro enjuto y encendida mirada que inspiraba respeto. Llevando en sus manos un crucifijo que daba a besar a los que encontraba al paso, dirigióse a la plaza principal, en donde a todas horas solía reunirse buen número de gente. Verlo y rodearlo la multitud todo fué uno. Era San Francisco Solano. Subido a una de las gradas del atrio de la Catedral dirigió a su auditorio, cada vez más numeroso, una

de las más sentidas y fervorosas exhortaciones que brotaron de sus labios de Apóstol. Tronó contra los vicios, amenazó a los pecadores y sus palabras como dardos de fuego vinieron a clavarse en los corazones más rebeldes. La compunción fué grande y muchos, aterrados por lo que habían oído y juzgando inminente un castigo que podía estar lejano, se hicieron cuenta que aquella noche un terremoto habría de destruir la ciudad. Propagóse la alarma y el clamor se hizo general. Rosa lo supo y temiendo por su patria, se flageló cruelmente con una cadena de hierro, hasta el punto que, según su confesor y primer biógrafo, el P. Loaiza, los de su casa creían que se hacía pedazos por la fuerza de los golpes. De esta manera la inocente virgen le ofrecía a Dios su sangre por la salvación de la ciudad.

Da. Luisa Melgarejo, mujer de D. Juan de Soto, tuvo estrecha amistad con Rosa. Era, como se deja entender, persona de mucho trato con Dios y de gran perfección. Muerta Rosa, declaró a su confesor, que estando una vez en la Iglesia, pidiendo a su santa amiga intercediese por la ciudad y el Reino, se le mostró en visión intelectual y dijo:

"Sí, hermana, todo cuanto convenga a la gloria de este Señor de quien estoy gozando que me pidieren, lo concederá su Divina Majestad". El mismo P. Loaiza que esto refiere, al hablar de la caridad de Rosa para con sus prójimos, no omite decir que siempre hacía oración por la Iglesia, por la conversión de los pecadores y por la *ciudad de Lima, por ser su patria*. Si en vida lo hacía, con más razón lo habría de hacer desde el cielo.

ALMA EUCARÍSTICA

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí, que antes seguía.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Lo dicho en el capítulo antecedente nos invita a decir algo sobre su entrañable devoción a la Eucaristía. Tuvo Rosa la fortuna de ser admitida al celestial banquete en edad muy temprana, atendida la costumbre de entonces y los confesores, advirtiendo la pureza de su alma y su ardiente deseo de comulgar, la permitieron hacerlo dos veces por semana, los jueves y domingos. De niña y aun después de doncella iba con su madre al templo de Santo Domingo a satisfacer su ansia de alimentarse con el pan divino y en los últimos años, sobre todo cuando moraba en casa de D. Gonzalo de la Maza, lo hacía en la Iglesia del Colegio de la Compañía de Jesús. Por este tiempo era fre-

cuente que comulgara tres veces por semana y aun más, especialmente si ocurría alguna fiesta dentro de ella. Durante la Octava del Corpus era indecible lo que gozaba, pues, fuera de recibir al Señor todos los días, a horas diversas, para no llamar la atención, se pasaba las horas inmóvil ante el Santísimo Sacramento [1].

Disponíase para esta fiesta con anticipación y en su deseo de contribuir al lucimiento de la procesión eucarística se dedicaba a labrar flores de mano para los altares del recorrido y aun velaba en las noches a fin de tenerlo todo dispuesto. Los efectos que este celestial manjar producían en su alma no son para descritos. Lo que de fuera se veía era un encendimiento de rostro y ardor tan extraordinario que el P. Juan de Lorenzana, sin conocerla, quedó admirado al verla un día que le dió

[1] Es curioso lo que observa el P. Vega Loaiza, de la Compañía. Rosa, deseando evitar que sus frecuentes comuniones despertaran la atención, dejaba de comulgar en la Iglesia de San Pablo, tanto porque estaba siempre llena de gente y no era fácil ocultarse a las miradas, por ser de una sola nave y tener pocas capillas; como porque se había dado orden a los sacerdotes que salían a decir misa no diesen la comunión a una misma persona más de dos veces por semana, sin licencia del Provincial. Nos sorprende un tanto esta disposición, porque la Compañía, desde los tiempos de su fundador, se convirtió en propagandista de la comunión frecuente.

la comunión. El P. Marqués asegura que, asistiendo al sacerdote en el acto de distribuirla, al llegar a Rosa sintió más de una vez como el calor de una llama. No se engañaba, pues sin hipérbole podemos decir que ardía el pecho de la Santa.

No nos debe sorprender por lo mismo que este pan del cielo le comunicara tanta fortaleza que, no obstante el ayuno del día anterior, Rosa no probara alimento el día que comulgaba. Su madre la instaba a tomar algo, pero Rosa se resistía. Si alguna vez hubo de ceder, el escaso manjar que tomó le sirvió más bien de tormento. Advirtiéndolo, su madre no la forzaba en adelante. En alguna ocasión perseveró casi ocho días sin probar bocado y no por eso se notaba en ella mayor flaqueza, antes bien, si antes de comulgar aparecía débil y aun desmayada, después de recibir el sacramento recobraba sus colores y se mostraba más animosa. Dios, hecho pan por amor al hombre, era su sustento y su fortaleza. ¡Dichosa Virgen a quien bastaba este manjar!

Otras muestras pudieran citarse de su devoción a la Eucaristía. Muy niña todavía aprendió la popular salutación: "Alabado sea el Santísimo Sa-

cramento del Altar" y, desde entonces, no se le caía de los labios. Siguiendo también una costumbre muy arraigada entre nosotros, cuando en la Catedral, Santo Domingo o San Agustín, tocaban a alzar, recogíase interiormente para adorar en espíritu la Hostia Santa y hacerse presente al Sacrificio del Altar. Al contemplarla a los pies del Sagrario diríase que este misterio de fe había perdido para ella los velos que lo encubren a nuestros ojos y que veía patente a Jesús en la Eucaristía.

En vísperas ya de dejar este suelo pidió ser confortada con el santo viático. Trajéronselo y al recibirlo quedó arrobada, tanto que el P. Lorenzana, pensando que por el deliquio no habría podido pasar la forma, le insinuó lo hiciese. Ella contestó que ya tenía a Dios en su pecho y volvió al éxtasis de donde le había sacado la voz de su confesor. Éste la dejó entonces gustar a su sabor las delicias del divino banquete y con sus palabras la ayudó a dar gracias por el favor recibido. Ya podía decir con la Esposa de los Cantares: "He hallado al que amaba mi alma, le tengo y no le dejaré".

LLAMAMIENTO A LA SOLEDAD

En soledad
y en soledad ha puesto ya su nido;
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

San Juan de la Cruz.

Siempre había sido Rosa inclinada a la soledad como todas las almas interiores, pero, a medida que fué creciendo en virtud y gustó más íntima y suavemente la dulzura del trato con Dios, esta tendencia de su espíritu vino a convertirse casi en obsesión. A espaldas de su casa había un huerto regular, a él solía retirarse con frecuencia pero, dentro del mismo, pensó en fabricar una pequeña ermita en donde más a solas pudiera entregarse a la oración [1]. Pidió mucho a Dios le permitiesen

[1] Moreto en su auto *Santa Rosa del Perú* supone que un galán la pretendió con instancia. Pudo basarse en este episodio que refiere en los Procesos Fr. Alonso Velásquez, Prior de Santo Domingo. Dice haber oído de labios de la misma Rosa que una noche, al entrar al huerto, a medianoche, para orar, salió a su encuentro un joven ves-

sus padres hacerlo y, para empeñar más a la Virgen del Rosario de Santo Domingo, de quien era tan devota, añadió a los obsequios que le hacía diariamente, extraordinarios ayunos y penitencias. Consiguiólo por fin, unos dos años antes de su muerte y, con ayuda de su hermano Fernando, labró una pequeña celda de poco más de dos metros en cuadro. Según su madre tenía cuatro pies y diez puntos de largo y cinco pies y una mano larga de ancho. La entrada era también estrecha, pues el P. Vega Loaiza dice que con trabajo pudo entrar y salir de ella. Desde entonces, aquel fué su predilecto retiro. A media mañana, después de haber cumplido con las faenas de su casa, se encerraba en su ermita hasta las doce y, a la tarde, volvía a ella, a la caída del sol, hasta las ocho en que se daba el toque de ánimas. Cenaba o cosía, si era la obra urgente y, cuando todos se retiraban a descansar, ella tornaba a su ermita a orar hasta medianoche.

tido de blanco, el cual se acercó a ella con dañada intención. Resistió Rosa y el joven emprendió la fuga. La Santa se retiró a su cuarto y allí tomó una disciplina de sangre, quejándose a Nuestro Señor la hubiese dejado sola en esos instantes.

Púsole el demonio algunos temores, por la soledad del sitio y la lobreguez de la hora, pero venció pronto esta tentación, acordándose que su madre, medrosa de suyo, no temía entrar en el huerto de noche acompañada de su esposo y le dijo: "¿Pues por qué tengo de temer yo si tengo a Jesús a mi lado?" Este lugar fué testigo de sus entretenimientos con el Niño Jesús, de sus penitencias y de las expansiones de su alma. Sólo Dios y Rosa tuvieron acceso a él. Estrecha era la celda y su mismo confesor, el P. Loaiza le llamó la atención sobre ella. La respuesta que él nos transcribió no pudo ser otra sino: que bien cabían allí su Esposo y ella.

Dejó sin embargo, su retiro para acudir a casa del Contador, donde tanto cariño se la profesaba y donde encontró ocasión de hacer mucho bien. Pero aun aquí escogió para su habitación un cuarto bastante apartado y donde no podían distraerla ni los de dentro ni los de fuera. Aquí vino a asaltarla su última enfermedad. Por este tiempo debió ocurrirle el suceso a que se refiere la carta a Da. María de Uzátegui que conservamos de su mano y dice así: "Jesucristo sea glorificado. Madre de mi alma y Señora. La Divina Magestad sea

servida de comunicarme su Divino Espíritu, para que yo acierte a hacer lo que Vd. mande, que yo de mi parte haré todo lo que en mi fuere. Pida, Vmd. madre mía, al Señor, oyga mis pobres oraciones y en las de Vmd. y en las de mi señor Padre (D. Gonzalo) me encomiendo, cuyas manos, todas juntas con las de esos angelitos (las hijas de Da. María) mi madre y yo millares de veces besamos y todas las personas de esta casa pedimos a Nuestro Señor pague a Vmd. con premio de gloria la limosna de anoche, con las demás, que cierto llegó a tiempo de muy apretada necesidad. Nuestro Señor me guarde a Vmd. como yo deseo. Esclava de la Virgen María y Sierva de Vmd. Rosa de Sta. María".

¿Qué necesidad fué ésta? El tantas veces citado P. Loaiza cuenta que en una ocasión se halló muy debilitada y falta de sustento. Conoció su madre la necesidad en que estaba y la aconsejó que mandara traer algo de comer. Rosa le respondió que no haría falta pues de casa del Contador se lo enviarían. No quiso creerlo la madre por lo avanzado de la hora y no haber enviado mensajero, mas al poco rato se presentó un criado de D. Gonzalo con

el obsequio. Asombrada, preguntóle a su hija cómo podían haberse informado de su necesidad y Rosa le contestó con sencillez: "Mire, madre, no hay tal cosa como en ocasiones de aprieto, acudir al Ángel de la Guarda".

Data de entonces también su comunicación con el célebre misionero y perfectísimo varón, el Venerable P. Diego Martínez, de la Compañía. En la vida que de él escribió el P. Juan Freilin, manuscrita y conservamos, se nos habla de ella y se copia un apunte del mismo P. Martínez, en que éste confiesa haberse valido de ella, sabiendo su gran santidad, para que Dios le diese a conocer cuatro cosas. He aquí sus propias palabras: "Diciendo misa un día de la Octava del Espíritu Santo, al rezar estas palabras: *Dominus factus est protector meus: deduxit me in latitudinem: salvum me fecit quoniam voluit me,* parecióme que el Señor me comunicaba estas cuatro cosas y que hablaba conmigo asegurándome era mi protector, que me comunicaba esta latitud de corazón y me perdonaba mis pecados y esto por su sólo beneplácito, sin ningún merecimiento mío y lo q. quería de mi y la ocupación q. había de tener era lo q. se sigue en

el mismo introito: *Diligam te Domine, fortitudo mea. Dominus, firmamentum meum et refugium meum et liberator meus*".

No satisfecho con esa habla interior quiso que Rosa de Lima le diese más claridad y certidumbre sobre lo que había oído y le pidió lo consultase con Nuestro Señor. Hízolo la Santa y debióle dar por escrito la respuesta, que el P. Freilin halló en un librito en donde el Ven. Padre apuntaba las misericordias que recibía de lo alto. Es un coloquio que Rosa entabla con Dios y vamos a copiar:

"Dulcísimo Jesús, paraíso de mi alma, de los pobres es el pedir como de los Reyes el dar, el que de presente (roto) al fin sois mi padre (roto) el q. está en vuestro lugar quiere saber si es verdad sois su protector.

—Sí lo soy, desde el vientre de su madre y jamás lo he dejado de ser".

Responde la criatura: "—Bendito sea tan buen Señor y bien de mi alma. También quiero saber si sois Vos el que pone la latitud en su corazón".

Responde la Vida: "—Eso bien lo entiende él que sólo yo la puedo dar".

"—También me manda preguntar si ha merecido el perdón de sus pecados.

—Dile que vaya por ese camino de hallarse tan atrás, que con el me agrada.

—Señor, dice que no lo entiende".

"Responde el Rey: —¿Entiéndeslo tú?

—Sí, señor.

—¿Qué es?

—Paréceme que después del perdón de las culpas, ha merecido muy grandes méritos".

Responde el que todo lo puede: "—Es así como tú lo dices.

—Señor ¿y cuánto habrá?

—Desde que hizo la postrera profesión.

—Mi Señor, ¿qué tanto habrá?

—Habrá 20 años.

—Mas, fiada de que nunca Vra. Majestad, nunca se ha cansado, me atrevo a preguntar el otro punto ¿qué sea la causa de hacerle a él tantas mercedes?

—Son dos: la una es mi bondad y la otra verá en mí, cuando nos veamos.

—Oh, Señor mío, cuán bueno que sois, que en esta merced habéis favorecido a dos. ¡Quién mere-

cía estar desterrada de Vos, para siempre en el Infierno goze de estas tan dulces razones, tan vil criatura!, aunque en esta hora bien quisiera ser deshecha por Vos con mil martirios pero, al fin, diré lo que puedo con tan torpe entendimiento y cortas razones: que os alaben los ángeles en el cielo y los hombres en la tierra y los pájaros en la tierra y aire y los peces en la mar, en el cual está ahora mi alma anegada y sin pasar adelante, al mar de vuestra misericordia, pues es más lo que entiendo en esta hora que lo que puedo hablar de vuestra bondad y con esto se acabó tan gran merced y consuelo".

MÍSTICO DESPOSORIO

Entrado se ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

San Juan de la Cruz.

Rosa no ya como émula de Catalina Benincasa pero aun más como alma tan adentrada en los secretos y regalos de la vida mística hubo de ser convidada por su Amado a unirse con Él en casto desposorio. Crucificada como estaba a todo lo del mundo nada había en ella que se opusiera a esta unión. Jesús la había ido atrayendo dulcemente hacia sí hasta llenar por completo su corazón. Él era el dueño de su alma, el centro de sus pensamientos y su único consuelo. Muchas veces había venido a regalarla con su presencia y Rosa lo había sentido a su lado, embriagada por la dulzura de su trato y abatiéndose hasta el polvo ante la grandeza del favor. Sólo faltaba que el mismo Cristo

le diera las arras de tan dichosa unión. A Catalina se las había dado en forma de un anillo hermosísimo, invisible a todos pero luciente a sus ojos. Rosa se fabricará el anillo, pero será Jesucristo quien la convide a los esponsales.

Era un Domingo de Ramos del año 1617. El cálido ambiente de Lima en esta época convidaba más al descanso y al regalo que a la austeridad y la penitencia. Rosa sin embargo sabía muy bien que aquella semana era de Pasión y, como lo tenía por costumbre, había extremado aquella cuaresma sus rigores. Postrada de hinojos en la capilla del Rosario, su retiro predilecto, esperaba que se distribuyesen las palmas rociadas con el agua bendita y aromatizadas por el incienso, a fin de acompañar la procesión, evocadora del triunfo de Cristo en su entrada a Jerusalén. Olvidáronse de ella y en su humildad temió no lo hubiera así dispuesto Dios en castigo de sus faltas. Por eso, al terminar la dramática ceremonia, volvióse a la imagen de la Virgen del Rosario, pidiéndole intercediese por ella, si acaso había en algo ofendido a su Divino Hijo. La respuesta la recibió interiormente, al

sentir que su espíritu se bañaba en un río de paz y que María la miraba con complacencia.

Encendióse el corazón de Rosa y, alentada por el favor recibido, instó a la Virgen por que fuese Ella quien pusiese en sus manos inmarcesible palma. No pasó por su mente pedir a la Madre de Dios la introdujese en el *ameno huerto deseado,* donde pudiese gozar más a su sabor de las caricias de su Hijo, no. Su singular pureza y su profunda humildad la habían dispuesto para la celebración de estas bodas espirituales, pero muy lejos estaba ella de pedir que se la concediese el nombre y las prerrogativas de Esposa. Fué el mismo Jesús quien la invitó a serlo. Ya en otra ocasión, disfrazado de cantero, le había preguntado si le admitía por Esposo y Rosa no había vacilado, entre confusa y amorosa, en darle el sí. Ahora había de escuchar más claramente su declaración. Volviéndose el Niño que tenía la Virgen en sus brazos a su amada, le dijo con acento que penetró su pecho como un dardo: "ROSA DE MI CORAZÓN SÉ MI ESPOSA".

Quedó la Santa fuera de sí, ajena a cuanto la rodeaba y experimentando en sí los efectos de ese amor que dulcemente hiere y sumerge al alma en

los gozos anticipados del paraíso. Cuando se recobró de este deliquio no pudo articular otras palabras que éstas: "He aquí, Señor, tu esclava, he aquí a tu sierva. Oh Rey de la Majestad, tuya soy y tuya seré para siempre". Más tarde, cuando el Dr. Castillo la inste a que le declare este favor, Rosa no podrá decir sino que no halla palabras para explicarlo y guardará en su pecho la dádiva extraordinaria con que quiso enriquecerla el Omnipotente.

Aludiendo a este hecho, uno de los más notables en la vida de la primera santa americana, Verdaguer, el cantor de la Atlántida, que más de una vez arrancó a su lira inspirados sones en loor de Rosa, le consagró estos versos en "*El Sueño de San Juan*":

Las aves en la enramada
saludan al sol naciente
con dulcísima tonada
que resuena en el ambiente.

Alondra parlera, Rosa,
eleva a Dios su canción
y, en torno, escucha amorosa:

Ven a mi, amada esposa,
Rosa de mi corazón.

Pero si es justo esconder a las profanas miradas los dones del Señor, también lo es que sepamos agradecerlos. Rosa deseó tener siempre ante sus ojos el recuerdo de esta insigne merced y adaptándose a los usos del mundo pensó que el mejor despertador de su afecto sería un anillo. Comunicó a su madre su pensamiento y ésta y su hermano Fernando la ayudaron a ponerlo por obra. Quería Rosa que fuese de oro y que en el centro, en lugar de piedra, llevase un JHS grabado. Hizo que su hermano hiciese el diseño y tomase la medida y, tal vez, por indicación de ella o por sugerencia de aquel, se decidió grabar en torno una divisa apropiada. Dejó Rosa la elección a Fernando y entonces éste, sin pensarlo mucho, escribió estas palabras: "Rosa de mi corazón, sé mi esposa". El platero ejecutó la obra prontamente y en lugar de la palabra *corazón* delineó una figura del mismo.

El Jueves Santo, Rosa llevó el anillo a Santo Domingo y pidió al sacristán lo colocase en la

urna donde se había de encerrar aquel día el Augusto Sacramento. Allí permaneció ella, como lo había hecho otras veces, velando a los pies de su Amado hasta después de los oficios del siguiente día. Ésta fué como la preparación para sus bodas que habían de celebrarse el día de Pascua. Pero, ¿cómo no dar parte de este suceso a su confidente D. Gonzalo de la Maza y a su esposa, Da. María de Uzátegui, a quienes tenía por padres? Ése o el siguiente día se dirigió a casa de éstos y les invitó a hallarse presentes, el Domingo de Resurrección a su solemne desposorio. Ambos se lo prometieron y Rosa acompañada de su hermano, volvió a su casa, llena de contento.

Ya se deja entender que dió cuenta de todo a sus confesores y, por lo pronto, sabemos lo comunicó al P. Lorenzana, quien había de poner en su mano el anillo, al darle la sagrada comunión. Conjeturamos fundadamente que también hizo partícipes de su dicha a los PP. de la Compañía, con quienes hacía algún tiempo mantenía estrecha correspondencia, especialmente con el P. Diego Martínez, pues consta que, en la mañana del Domingo, no dejó de hacer una visita a la Virgen de Loreto

venerada en la iglesia del Colegio de San Pablo.

El 26 de marzo, acabada la misa solemne, celebró otra el P. Alonso Velásquez, en lugar del P. Lorenzana, quien puso en sus manos el anillo con el recato que ella había pedido, a fin de que nadie lo advirtiese. Así celebró esta Virgen su místico desposorio, poniéndose por entero en manos de su Divino Esposo como Él se le entregaba, al encerrarse en su pecho, hasta el día en que sus bodas se celebraran en más alta esfera.

SU AMOR AL PRÓJIMO

¡Oh caridad sublime! ¡oh inspiración del cielo!
¡oh rayo que desciendes de la sagrada cruz
y esparces por la tierra suavísimo consuelo,
resignación y luz!

G. Núñez Arce.

Son las obras la piedra de toque del amor. Rosa demostró con ellas su ardiente caridad hacia el prójimo. Ésta debía primero ejercitarla con sus familiares y no faltó un punto en hacerlo. Era su madre de carácter algo violento y muy inclinada a imponer su voluntad. El retraimiento en que vivía su hija, su desprecio de las vanidades del mundo y su afán penitente fueron causa de que muchas veces la maltratase de palabra y aun de obra. Ella misma, en su declaración, confiesa que algunas veces, por no querer ataviarse, la golpeaba en las espaldas con una vara de membrillo. Callaba Rosa y obedecíala en todo, a menos que se atravesara la honra de Dios o el bien de su alma. Representaba otras con modestia las razo-

nes que tenía para no hacer lo mandado y si bien algunas veces se la escuchaba otras no tenía más remedio que sujetarse. Todo esto no fué parte para que disminuyese el afecto que la profesaba. Por cuanto nos dicen sus biógrafos y se desprende de las declaraciones de los testigos que conocieron a Rosa y a su madre ésta no llegó nunca a comprender cuál era el verdadero destino de su hija. Venció, es cierto, con la ayuda de lo alto, la constancia de la Santa, pero en el fondo a María de Oliva le pesó siempre que no hubiera aceptado algunos de los buenos partidos que se le ofrecieron. Esta incomprensión de la madre tuvo que apenar hondamente el alma de Rosa.

Por la pobreza de sus padres, por la tierna edad de sus hermanos, Rosa hubo de ayudar a su madre en las faenas domésticas y aun dedicarse a labores de aguja para el sostén de la casa. Esta delicada doncella que desde sus primeros años comenzó a martirizar su cuerpo y a negarle el descanso necesario, trabajaba de día y velaba de noche para que no faltase el pan a los suyos. Su confesor, Fray Pedro de Loaiza, que desde el año 1614 se hizo cargo de Rosa, dice expresamente

que se ocupaba en labores de manos casi de continuo, mientras le duró la salud, porque en sus últimos años no pudo hacerlo por sus enfermedades. Apenas nos podemos dar cuenta del sacrificio que supone una vida semejante, sobre todo en quien no tenía otro esparcimiento que retirarse a su aposento o a un rincón del huerto para hablar con Dios. Y Rosa aceptó esta pesada cruz y la llevó por largo tiempo sin exhalar una queja. Hace al caso este episodio que refiere su hermano Fernando. Estaba enfermo su padre y no había en la casa un real con que socorrer su necesidad. Rosa dejó el hogar y tras breve tiempo volvió llena de contento.

—Gracias a Dios dijo—, que nos ha socorrido en este aprieto.

—Cómo así —le preguntaron su madre y hermano y la Santa respondió:

—Fuí a la Compañía de Jesús a pedir a Nuestro Señor que remediase nuestra pobreza y cuando iba saliendo por el cuerpo de la Iglesia me llamó un Padre mozo que no conozco y me dió 50 patacones que traigo aquí.

Así demostró cuánto amaba a sus padres y a

los suyos. Ya a punto de dejar este mundo, viendo afligida a su madre procuró consolarla y, sin decirle nada, le pidió muy de veras a Dios la confortase y mitigase la pena que había de producirle su muerte. Oyóla el Señor, como luego se vió por los efectos y Rosa, imitando a Cristo, cumplió hasta el fin con sus deberes filiales.

Pero su amor al prójimo no podía circunscribirse al ámbito de su hogar. Cualquier pesar, cualquier dolor la conmovía y la incitaba a acudir con el remedio. Ella supo, en medio de su pobreza, dar a los más necesitados y aun despojarse de lo necesario y conveniente para socorrer a los pobres. Dióla su madre unas varas de lienzo que buena falta la hacían, pero Rosa, conociendo que dos jóvenes, sus amigas, tenían mucha necesidad, no vaciló en entregárselas. Supo que en el arrabal de San Lázaro yacía en el lecho una pobre doncella, casi desamparada y falta de asistencia médica, tanto por lo apartado del sitio como por la escasez de sus recursos. Rosa se fué allá, la animó a venirse consigo y la condujo a una pieza deshabitada de su casa que solía darse en arriendo. Allí la acomodó con solícita cari-

dad, la curó con sus propias manos, aun cuando la enfermedad era repugnante y no cesó de asistirla hasta verla convaleciente, pasados tres o cuatro meses. Aquella habitación vino a convertirse con mucha frecuencia en asilo de pobres enfermos. Hasta los más infelices esclavos recibieron allí las atenciones de Rosa. Ningún mal la arredraba ni el miserable estado de los dolientes le hacía menguar en su caritativo afán. Se necesitaba ánimo heroico a veces, sea para soportar el desaseo de los cuerpos trabajados por la enfermedad, el mal olor de las llagas o la rudeza de estos seres desgraciados, pero la Santa veía en ellos a Jesucristo y con el mismo ardiente afecto con que amaba a su Redentor se abrazaba a aquellos sus miembros doloridos.

Era natural que excitasen más su compasión los males del alma. Como su maestra, Catalina de Sena, sentía vivamente las ofensas que se hacían a Dios y deseaba expiar las culpas de los pecadores. Por ellos gemía, se atormentaba y elevaba sus inocentes manos al cielo. Hubiera querido ejercitar el oficio de predicador para mover a las almas a contrición y salir por las calles y plazas

de la ciudad, con un crucifijo en la mano, descalza y cubierta de áspero cilicio, moviendo a todos al arrepentimiento de sus culpas. En cuantas ocasiones se le ofrecieron, sea de apartar a alguno del mal camino, de consolar a un alma desolada o sacarla del cieno de los vicios, acudió pronta y jubilosa, como si la invitaran a la mejor de las fiestas. Tan eficaz fué su celo que aun algunos religiosos la llamaban en casos desesperados y no pocas almas atribuladas acudían a ella en busca de un alivio que en otra parte no encontraban.

Compadecíase mucho de la suerte de los infelices indios, especialmente de aquellos que aún no habían recibido la fe de Jesucristo o de los que, por falta de sacerdotes o descuido de éstos, vivían en un estado vecino a la idolatría. Y de ahí que exhortara a los religiosos, que se ocupaban en este ministerio, a que no escatimasen trabajos para lograr su conversión y real incorporación al cristianismo. A uno de sus confesores, a quien se pensaba destinar a las misiones, le animó a aceptar este ministerio, desvaneciendo sus temores y comprometiéndose a ayudarle con sus

oraciones, todo lo cual sirvió para que se decidiese a ello, fiado, sobre todo, en los auxilios de alma tan santa. A otros recomendaba excusasen todo asomo de vanidad o de ostentación en el púlpito, buscando tan sólo el bien de las almas y no el aplauso de los oyentes, comunicando de este modo el ardor de su espíritu y el celo que le animaba a cuantos trataban con ella. Quiso hacer más todavía. Concibió el proyecto de adoptar a un joven pobre y costearle, mediante limosnas que ella se encargaría de recoger, la carrera sacerdotal, a fin de que, una vez ordenado, se dedicase por entero a la conversión de los gentiles. Así esta bendita Virgen se convirtió en precursora de la Obra de las Vocaciones y, por su celo misional, nos dejó un esbozo de lo que había de realizar siglos más tarde la obra de la Propagación de la Fe.

RAMILLETE ESPIRITUAL

En la encendida caridad se pasa
a abrazar ambos fines, oficiosa;
con Dios es salamandra que se abrasa
con el prójimo amante mariposa.

D. Luis Antonio de Oviedo,
(*Vida de Santa Rosa*).

Rosa puso en práctica aquel consejo de San Gregorio Magno que el buen sentido popular ha traducido así: *obras son amores y no buenas razones.* De ahí que, no contenta con encomendar a Dios a los que amaba, ofrecía por ellos al Señor ramilletes de espirituales flores o *vestidos*, como ella se complacía en llamarlos. De los varios que se citan en su Vida hemos escogido uno, el más ignorado de todos, pues aun el mismo Bermúdez, que es uno de sus mejores biógrafos, sólo nos da de él una cita incompleta. Vamos a reproducirlo casi con las mismas palabras de la Santa, tal cual se contienen en un papel que re-

mitió a su confesor el P. Diego Martínez de la Compañía de Jesús.

En sus declaraciones dice el Ven. Padre que Rosa, por el amor que le tenía, le hizo a Nuestra Señora un vestido en su nombre y para el provecho de su alma y el papel donde estaba escrito de su mano decía así: "Memoria deste vestido que yo, Rosa de Santa María, indigna esclava de la Reina de los Angeles, Virgen y Madre de Dios, comienzo hazer con el favor y ayuda de Nuestro Señor.

La túnica interior ha de ser de 600 Ave Marías y 600 Salves y 15 días de ayuno, en veneración del gozo santísimo que recibió, quando el Angel le truxo la embajada que havia de encarnar al Verbo Eterno en sus divinas entrañas.

La tela de que ha de ser este vestido a de ser de 600 Ave Marias y 600 Salves y 15 rosarios y 15 días de ayuno, en reverencia del gozo santísimo que recivió, quando fué a visitar a su prima Santa Isabel.

La guarnición y bordados deste vestido a de ser de 600 Ave Marías y 600 Salves y 15 días de

ayuno en reverencia del gozo santísimo que recivió, quando parió a su Hijo Santísimo, mi Señor Jesucristo.

Los broches con que se ha de salpicar este vestido serán de 600 Avemarías y 600 Salves y 15 días de ayuno en reverencia del gozo santísimo que sintió quando presentó a su benditísimo Hijo al templo.

El collar que a de llevar será de 600 Avemarías, 600 Salves y 15 días de ayuno, en reverencia del gozo santísimo que sintió, quando alló a su Santísimo Hijo disputando con los Doctores en el templo.

Un ramillete que a de tener en sus santísimas manos a de ser de 33 Pater Noster y otras tantas Avemarías con su Gloria Patri y otras tantas Salves y otros tantos rosarios de Gracias a Dios y otros tantos rosarios de alabanzas a la Virgen en reverencia de la santísima edad de mi Señor Jesucristo.

Ya este vestido está acabado. Dios sea bendito. Su Santísima Madre supla, por su gran pie-

dad, mis faltas y perdone mi atrevimiento. Laus Tibi, Christe".

A este obsequio tan cumplido se siguió otro, tal vez de más subidos quilates que el mismo P. Martínez trascribe, tomándolo del original que le había enviado la Santa. Dice así: "Jesús, Maria, Joseph. Digo yo, Rosa de Santa Maria que quiero y es mi voluntad dar a mi Padre, Diego Martínez, por amor de Dios y de su bendita Madre la mitad de los actos de amor de Dios y la mitad de las gracias que a Dios diere, toda mi vida, las quales ofrezco a la Reina de los Angeles, suplicándole humildemente le recoja en su santísimo regazo para presentarlos a su preciosísimo Hijo el último día de la vida de mi dicho Padre. De lo dicho son testigos mis gloriosos Padres, San Agustín, Doctor de la Iglesia, mi glorioso seraphico San Francisco y mi glorioso Patriarca Santo Domingo, etc. Esclava de Jesucristo. Rosa de Santa Maria".

De este modo pagaba la Santa a su confesor el cuidado que tenía de su alma y aquella letanía de las perfecciones de Dios que le pidió le escri-

biese, para enfervorizarse en su amor y que el Padre redactó, primero, en número de 33 y luego, a petición de la misma, alargó hasta 150, sacándolas de la Escritura y Santos Padres [1].

[1] Esta letanía es conocida con el nombre de Ejercicio Angélico y algunos lo atribuyen a Rosa, mas por lo dicho su autor fué el citado P. Diego Martínez.

EL ESPOSO ESTÁ CERCA

Del dolor en el lecho
postróla al fin la enfermedad postrera
y, en santo amor el corazón deshecho,
acercábase al fin de su carrera,
estrechando la cruz contra su pecho.

RUPERTO S. GÓMEZ. (Bogotá)

Rosa tuvo prenuncios de su próximo fin. Sus enfermedades se agravaron y algunas veces hasta le era imposible salir de casa. El Contador y su esposa que tanto la amaban no podían verse privados de su amable conversación y enviaban a Andrés López, espadero de D. Gonzalo con dos negros para que la trajesen en silla de manos. Presintiendo su muerte, casi un año antes que ocurriese, dijo a Doña María de Uzátegui que en su casa había de morir y le pidió, como tan celosa de su pureza, que nadie sino ella la amortajase. Un tiempo después volvió a repetirle que de ahí a cuatro meses moriría y le suplicó no le negase entonces el agua que le pidiese porque había de

padecer mucha sed. Todo se verificó como lo había anunciado. Fué siempre muy devota de San Bartolomé, en cuya fiesta había de salir de este mundo y esta circunstancia parece que contribuyó a acrecentar su afecto hacia el Apóstol. De lo primero nos consta por la declaración de su confesor y por la carta que escribiera al P. Bartolomé de Ayala; [1] de lo segundo, por lo que dijo a su madre, curiosa de saber la causa de la predilección que sentía hacia este santo. "Madre—, le respondió Rosa—, su fiesta será día feliz para mí, pues me llamará a las bodas el Divino Esposo".

Con tales noticias no es extraño que como virgen prudente se preparara a recibirlo. Si en los advientos tenía por costumbre prepararle al Niño de Belén un vestido, como ella decía, de ejercicios de devoción y ásperas penitencias, ¿qué habría de hacer su amante y esforzado corazón en los últimos días de su vida, a fin de presentarse ante Dios lo más galana posible? Todos cuantos

[1] La publicó el P. Domingo Angulo en su obra: *Santa Rosa de Santa María.* Estudio Bibliográfico. Lima 1917. P. 236.

la rodeaban pudieron darse cuenta del recrecimiento de su fervor. También fueron más frecuentes las mercedes que Dios le dispensó, entre las cuales no puede omitirse la visión ya referida que ella misma reveló al Dr. Castillo y en la cual le fueron predichos los agudos dolores que padecería en su enfermedad.

Tres días antes de que cayera en el lecho para no levantarse más, fué a casa de sus padres. Era la última despedida a los que le dieron el ser y a aquellos lugares en donde desde su nacimiento se habían deslizado sus días y tantos favores había recibido del cielo. No había ciertamente sombra de melancolía en este adiós, pero ¿cómo negar que sus ojos se posarían en aquel hogar y su vecino huerto, en su reducida alcoba y en la ermita, con sentimientos de ternura? Lo más delicado de ellos reservólo para sus padres. La misma María de Oliva nos lo refiere. Rosa, retirada en su ermita, tomó en sus manos la vihuela, rasgó sus cuerdas y comenzó a cantar como tenía por costumbre. Su voz debió impresionar el corazón de su madre, la cual, sin dejarse ver de su hija, pudo escuchar esta copla que aludía a ella:

Padre mío, Domingo,
antes que muera,
te encomiendo a mi madre,
que sola queda.

Era el tributo de su amor filial. Pero Rosa tenía otra madre a la cual amaba con más entrañable amor. Era ésta la Virgen del Rosario de Santo Domingo. El día primero de Agosto fué a despedirse de ella y a postrarse por última vez ante sus plantas. ¡Qué dulcísimo coloquio se entablaría entre Rosa y la Reina de los cielos! Sólo nos cabe conjeturarlo, pero dió la casualidad que el Secretario de Cámara de la Real Audiencia, D. Juan de Tineo, muy amigo del Contador, se cruzase con ella y se acercase a saludarla. Pudo advertir entonces lo encendido de su rostro, las lágrimas que brotaban de sus ojos y el acento conmovido con que le pidió la encomendara a Dios, porque tenía muy grande necesidad de que la ayudasen con oraciones. El Secretario pensó con razón que la Virgen debió anunciarle su cercana muerte.

Ya en el lecho del dolor, no una sino muchas veces manifestó que aquélla sería su última en-

fermedad y que era en vano acudir a los médicos cuando sólo del cielo podía venir el remedio. El miércoles, 23 de Agosto, anunció que aquella noche se iría a gozar de Dios, mostrando gran contento, no tanto por acercarse el término de sus trabajos cuanto por la esperanza que tenía de ir derechamente al cielo. Esta confianza, aun en medio de las torturas de su mal, nunca la abandonó y por eso pudo decir al P. Lorenzana que se consolaba de verla tan serena y tan conforme: "Padre, pues estoy convidada a un banquete tan espléndido ¿no tengo de ir a él de buena gana?" Oh venturosa criatura que pudiste decir con el Apóstol: "¡Deseo que se deshagan estos lazos que me atan a la tierra para unirme con Cristo!"

FLOR DE MARTIRIO

Ven, oh sagrada Cruz, dame tus brazos
que yo te doy con caridad los míos
y te regalo con estrechos lazos.

Fr. Diego de Hojeda, (*La Cristiada*).

Por un secreto presentimiento o por divino impulso, Rosa en el último mes de su vida, dejó la casa paterna y se dirigió a la de su bienhechor y confidente D. Gonzalo. ¿Deseó ahorrar a su madre los cuidados y sinsabores que había de producirle su enfermedad? ¿Ausentóse más bien con ánimo de esconderse aun más a las miradas de los hombres y entregarse más de lleno a su Dios? Podemos adoptar una u otra hipótesis, lo cierto es que en los últimos días de Julio ya se encontraba en casa del Contador y allá fué a buscarla el Sacristán Mayor de Santo Domingo, Fr. Juan Fernández, para pedirla le ayudase en el adorno del altar del Patriarca cuya fiesta se avecinaba.

El martes 1º de Agosto se la oyó gemir a eso de la medianoche. Ocupaba la Santa una habitación en el fondo de la casa, en el patio dedicado a la servidumbre. Ella misma la había escogido por encontrarse más sola. Acudieron en su auxilio y la hallaron tendida sobre una tarima, bañada de sudor, anhelante y con el pulso alterado. La trasladaron a su pobre lecho y Da. María de Uzátegui la preguntó qué sentía, respondiéndola Rosa que las fatigas de la muerte. Dijéronla que llamarían al médico y ella contestó se llamase al del cielo. Desde entonces no cesaron de apretarla los dolores y su vida fué un continuo sufrir. Dios quería afinar su preciosa alma en el crisol del sufrimiento.

Los médicos desconcertados por la naturaleza del mal que ofrecía complicaciones muy varias no acertaron a diagnosticar. Preguntada nuevamente por el origen y naturaleza de la dolencia que la oprimía, Rosa no dió otra respuesta sino decir que no concebía pudiese caber en cuerpo humano tanto tropel de penas y que apenas tenía miembro que se viese libre de ellas. A su mismo confesor, Fr. Juan de Lorenzana, declaró que su

mal provenía de más alto y que en vano se esforzaban los demás por averiguar su origen.

Pero en medio de tan acerbos dolores, Rosa conservaba la serenidad de su espíritu y a su misma madre que llorosa la contemplaba no dejó de consolar. El 6 de Agosto amaneció baldada de medio cuerpo y con mayor ardor de calentura. Afligida por la sed, tenía que devorarla en silencio, porque los médicos habían prohibido se la diese agua. Imitando a su Divino Maestro, se la oía decir: "Señor, más y más: cumplid vuestra voluntad adorable, llenad el peso de los dolores, mas aumentad la paciencia y vuestra ayuda, pues sin ella nada puedo". Una mañana se la oyó clamar: "¿Dónde estáis, bien de mi alma, dónde estáis bien mío, regalo mío? ¿Cómo no te veo? Ya voy, ya se acaba, cúmplase en todo vuestro soberano beneplácito".

Apenas si concebimos fortaleza tan sobrehumana. No parece sino que esta Virgen delicada quiso enrostrarnos nuestros desmayos en el cumplimiento del deber, nuestra flaqueza en las pruebas y la excesiva blandura con que tratamos, muchas veces, nuestro cuerpo, alejando de nosotros

todo lo que sea aflicción. Rosa, por el contrario, puso empeño en que se le clavaran muy adentro las espinas que siempre la rodearon, como a la flor de donde tomó su nombre y se complació en vivir crucificada por asemejarse a su Divino Esposo.

Para esta joven de 31 años apenas, la prueba había sido dura. Pero, si bien es cierto que Dios la afligió con creces, ella vino a ser el verdugo de sí misma en su ansia de padecer. Ahora venía la enfermedad a colmar su penitente afán y a convertirla, en verdadera rosa de martirio acendrando su caridad. Su amor fué el único lenitivo en su dolor.

SE DESHOJÓ LA ROSA

La ciega muerte a desceñirle baja
la terrenal mortaja
que el vuelo de su espíritu detiene:
y a conducir a la mansión eterna
a aquella esposa tierna,
en su trono de gloria el Cristo viene.

LEÓNIDAS PALLARES ARTETA.

El 17 de Agosto de 1617 un fuerte dolor de costado agravó su dolencia, la fiebre extremó sus ardores y ansias mortales la aquejaron. Ella, en medio de este mar de aflicción, no hacía sino decir: "Mi Dios, mi Señor, mi Jesús, mi Esposo y mis amores, dadme dolores". Don Gonzalo, testigo de este combate y de quien tomamos estos datos, no podía contener su admiración. Compadecido, por un lado, deseaba tuviesen término los padecimientos de la Santa y, por otro, apreciando en mucho su virtud, no quería verse privado de su compañía. Pero la recompensa estaba cerca. El 23, ella misma anunció que la muerte se ave-

cinaba y, como quien no la teme antes la aguarda, se la oyó decir: "Mas ya se acabó: Hágase la divina voluntad". En torno de su lecho se arremolinaron los que la asistían y el Contador, acompañado de su esposa e hijas, Da. Micaela y Da. Andrea, le pidió conmovido y reverente, les diese su bendición. Vaciló un momento Rosa, pero al fin, humilde, agradecida y obediente a la voz de su bienhechor, no dudó extender sobre ellos sus manos extenuadas y temblorosas e imploró el favor del cielo sobre quienes tanto la amaban.

Ya podía volar, ya podía, como dijo a su confesor el P. Lorenzana, ir a tomar parte en el convite eterno de la gloria. Columbrando ya aquella dicha, unas horas antes de expirar, rogó a su amiga, Luisa Daza o por otro nombre, Luisa de Santa María, una de aquellas jóvenes que la tenía a ella por maestra, que le cantase alguna cosa de Nuestro Señor, acompañándose con la vihuela. Obedeció pronta Luisa y en aquella cámara mortuoria resonó la voz argentina de la beata a compás con las notas suaves de la guitarra, preludiando, sin duda, los cantares de los Ángeles que

pronto descenderían a recoger un alma gemela de la suya.

Habían ya dado las doce en los relojes de la ciudad y una palidez mortal cubría el rostro de Rosa. Hizo una señal a su hermano Fernando que se hallaba cerca del lecho y le dijo estas palabras: "Señor hermano, póngame bien que quiero descansar". Su hermano la irguió sobre la almohada, haciendo que su cabeza descansase sobre el leño de la cuja en que yacía. Había deseado morir como su Amado, sintiendo en sus carnes la dureza del suelo o del áspero lecho que ella misma se había fabricado; la piedad de quienes le asistían había estorbado su penitente afán, pero aun en aquel trance quería esquivar la blandura de que siempre había huído y, satisfecho su deseo, pudo con voz, apenas perceptible, añadir: "Puede hermano, irse, que esto es ya acabado". Unos instantes después inclinaba el rostro al lado derecho y exclamando: "Jesús, Jesús sea conmigo," exhalaba el último suspiro.

En su niñez, como anota su biógrafo Hansen, estas palabras habían sido su primera oración. Diríamos más bien que ellas fueron el primer

efluvio de su alma, llena de amor por Jesús. Este mismo amor llenó por entero su corazón y ahora al quebrarse el alabastro de su cuerpo, este puro afecto que la había embargado brotaba de sus labios y más todavía de su pecho como un perfume suavísimo y como postrera llamarada de un fuego que se consumía. Sobre la niebla húmeda que envolvía a la ciudad en aquella hora elevóse su noble espíritu, mientras su frágil envoltura corporal, como la rosa tronchada que esculpiera más tarde el artista Caffa en su yacente estatua, caía inerte sobre el lecho de su dolor.

¡Qué bello está su simulacro santo!
De Níobe parece la escultura
a quien no salva ni el mármoreo manto,

podíamos decir con el insigne Obispo de S. Luis Potosí, D. José Ignacio Montes de Oca y debieron decirse cuantos contemplaron sus inanimados restos, pues tan flexible quedó su cadáver, tan suave placidez se reflejaba en su semblante que convidaba a contemplarlos.

Mientras tanto en torno de su lecho no fueron

lágrimas las que se vertieron ni ayes de dolor los que se escucharon. Cumpliéndose lo que ella había anunciado y pedido a Dios, aun su misma madre sintió dentro de sí un consuelo inexplicable. Un alma muy favorecida de Dios y muy unida a Rosa por los lazos de la más íntima amistad, Luisa Serrano, confesó haber visto a Rosa subir a los cielos, acompañada por un coro de vírgenes y envuelta en una nube de gloria. Había prometido la una a la otra, si fuese el agrado de Dios, darse aviso de su muerte y Rosa se le mostró aquella alborada en visión imaginaria. Más todavía: en la misma cámara mortuoria y al pie del lecho de la Santa, Doña Luisa Melgarejo, mujer de gran virtud, quedó por un buen rato de tiempo arrebatada en éxtasis. De sus labios salían voces entrecortadas que los circunstantes llegaron a oír; todas se referían a la dicha que le había cabido a Rosa, a la grandeza de su triunfo y a la extraordinaria recompensa que había recibido de Dios.

Tenemos otro testimonio de la misma Da. Luisa, como consta en su declaración. Dice ella: "Estando esta persona oyendo misa y encomendando a esta bendita Virgen a nuestro Salvador

y pidiéndole la recibiera en su Corazón, le pareció que Su Majestad le decía: 'En él la tengo, por que ella me tuvo siempre en el suyo y su muerte ha de ser gloriosa' "...

Verdaderamente que su muerte fué preciosa y lleno de resplandores de ocaso. Tal había sido su vida que en ella tenían exacto cumplimiento las palabras de la divina sabiduría: el sendero de los justos es como un reguero de luz que va creciendo y esparciendo nuevos fulgores hasta llegar al día perfecto de la eternidad.

ENTIERRO DE ROSA

> Adivinando del entierro el día
> a acompañarle la ciudad se junta,
> tribunales, cabildo, clerecía,
> religiones, nobleza y plebe adjunta:
> la que viviendo, en un rincón cabía,
> no cabe por las plazas ya difunta.
>
> El Conde de la Granja.

Murió Rosa y no fueron lamentos los que se escucharon en torno a sus despojos sino expresiones de júbilo o voces de admiración. Allí mismo, al pie de su lecho, Da. Luisa Melgarejo, suspensa en oración, empezó a vislumbrar su gloria. Hasta su misma madre, como lo había pedido su hija al Señor, se sintió poseída de un consuelo inexplicable. Amortajaron el cuerpo. Da. María de Uzátegui, acompañada de dos beatas o hermanas de la Santa y en la cuadra de la casa reclinaron el cuerpo sobre una alfombra y un cojín de tafetán carmesí. Aun antes que alboreara el día comenzaron a visitar la casa muchas personas. El

P. Loaiza, testigo presencial, dice que el concurso duró desde muy temprano hasta la hora en que la sacaron a enterrar en Santo Domingo, y, añade, que a no haber tenido la casa dos puertas y dos patios, para que la gente entrase por un lado y saliese por otro, no hubiera sido posible satisfacer el ansia de la multitud. No contentos con contemplar el cadáver e invocar su intercesión, muchos aplicaban los rosarios u otros objetos al mismo y hasta se intentó tomar algo del hábito que vestía. Fué preciso que los religiosos de Santo Domingo rodearan el cuerpo y lo defendieran de la indiscreta devoción.

Es cierto que lo sobrenatural ejerce sobre nosotros una especie de fascinación y lo sobrenatural tangible son los Santos. Es verdad también que en la Lima de entonces se hacía de la virtud un aprecio que hoy apenas se concibe, pero no deja de ser sorprendente que a la noticia de la muerte de Rosa se conmoviera toda la ciudad y que, habiendo ella permanecido tan oculta a los ojos del mundo, se sintieran atraídos a venerarla aun aquellos que no la conocieron. A las cuatro de la tarde del día 24 se resolvió trasladar su santo

cuerpo al Convento de Santo Domingo y, sin que se hubiese pasado invitación para ello, se presentaron a acompañar el cadáver los religiosos de las diversas Órdenes, muchas cofradías y el Cabildo Eclesiástico en pleno. El Arzobispo D. Bartolomé Lobo Guerrero se dirigió en coche a la casa del Contador, a fin de hallarse presente a la salida del féretro, pero fué imposible romper por entre la multitud y hubo de volverse al Convento del Rosario en donde aguardó llegase la comitiva. Después de las oraciones de costumbre que entonó el Provisor, fué sacado el ataúd en hombros de los Señores Prebendados, rodeándole los religiosos que a duras penas podían contener a la muchedumbre, ávida de ver y tocar sus restos. La casa del Contador se hallaba en la calle denominada del Capón, a espaldas del actual monasterio de Santa Rosa y desde ella hasta Santo Domingo hay como unas nueve cuadras, y en toda la carrera el gentío en la calle, balcones y techos era muy crecido. En la primera posa, dice el P. Loaiza, se vió que si otra vez bajaban el cuerpo no le dejarían entero los muchos que acudían a

tocar rosarios y cortar no sólo de su vestido sino de su venerable cuerpo.

Prosiguió el fúnebre cortejo su marcha hacia la plaza mayor, asomándose a los corredores de Palacio el Virrey y su esposa para verlo. En la esquina del Ayuntamiento los Regidores pidieron se les concediese la gracia de conducir el ataúd. Creció el gentío a la entrada de la Iglesia y, aunque se había pensado enterrar el cuerpo aquella tarde, los clamores de la multitud y lo avanzado de la hora fueron causa de que se dejase para el día siguiente. Velaron los religiosos el cadáver durante la noche y no bien amaneció, al abrirse las puertas del vasto templo, lo inundaron los fieles. El vocerío impidió que se oyera la música y el canto del oficio. Presidió y celebró el santo sacrificio el Obispo de Guatemala, D. Pedro de Valencia y, habiéndose resuelto darle sepultura a los restos aquella mañana, hubo que dejarlo, para calmar al pueblo, pues ya le habían destrozado el hábito y cortado el dedo de un pie, para la tarde. Una vez despejada la Iglesia, se procedió a colocarlos en la sala del capítulo, a la una del día, sin toque de campanas ni ceremonia alguna, aprove-

chando la ausencia del público que se había retirado.

Tal fué el primer homenaje que la ciudad de Lima tributó a su santa Patrona y, a decir verdad, por lo espontáneo y cálido fué magnífico. El lunes 4 de septiembre se celebraron en Santo Domingo solemnes honras. Hallóse presente el Virrey, acompañado de la Real Audiencia y de su guardia, que hubo de abrirle paso con alguna dificultad. Dijo la misa el Arcediano, D. Juan Velásquez y predicó el P. Fray Alonso Velásquez O. P. que había sido confesor de Rosa. El concurso llenaba la Iglesia y aun sus ventanas y lumbreras. Con su habitual sencillez dice el P. Loaiza que uno de los asistentes no pudo menos de decir que si Su Santidad se hubiese hallado allí por sólo el espectáculo que veían sus ojos se habría movido a introducir su causa.

ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA

Azahar es flor de Lima,
mas, hoy, por suerte dichosa,
la flor de Lima es la Rosa.

(Letra de la empresa del CONDE DE LEMOS en las fiestas de la Beatificación. 1669).

Con instinto que tiene mucho de providencial, el pueblo, sin distinción de clases y sexos, comenzó a aclamar a Rosa por Santa, casi a raíz de su muerte. Que las personas que la conocieron y tenían alguna noticia de ella la tuvieran en este concepto es cosa muy explicable, pero el común de la gente nada sabía de esta humilde y escondida doncella, muerta en la flor de sus años, sino el rumor que en los días que se siguieron a su fallecimiento corrió por la ciudad. Y este rumor no sólo fué acogido y se le dió crédito sino que fué creciendo hasta convertirse en certidumbre. He ahí la mano de Dios.

Don Gonzalo de la Maza, buen conocedor de

Rosa, no oculta su admiración sobre este hecho en los Procesos. Dice que pocos días después de los sucesos que arriba hemos narrado fué a la casa de Da. María de Oliva y advirtió que apenas se podía llegar a ella por el nutrido concurso de carrozas y caballos que llenaban la calle. Otros testimonios pudieran citarse pero valga por muchos esta carta, inédita aún, del Príncipe de Esquilache, escrita antes de cumplirse el primer aniversario de la muerte de la Santa. Va dirigida al Rey y dice así:

"Señor. Los días passados murió en esta ciudad una doncella natural della, hija de Gaspar Flores, jentil hombre de la Compañía de los arcabuses, llamada Rosa de Santa María, beata de la Orden de Santo Domingo, muger tenida comunmente por muy exemplar y de estraordinaria penitencia, y que el día de su muerte y en muchos después fué muy grande la aclamación y concurso de jente que ocurrió a su entierro y honrras, haviendolas tenidos dos días descubierta, antes de enterrarla, por la devoción del pueblo que lo pidió assi. También se ha dicho que por medio suyo ha obrado

Nro. Sr. algunos milagros aunque no están probados hasta agora. Vanse reciviendo las ynformaciones por el Arzobispo y por ser este caso tan particular me a parecido dar quenta del a V. Magestad, cuya real persona guarde Nro. Sr. como la Xristiandad a menester & Lima 16 de Abril de 1618 años".

Clamaba la ciudad porque se trasladase el cuerpo de Rosa de la bóveda común donde había sido depositado, situada debajo de la sala capitular, a lugar más visible y el Arzobispo Lobo Guerrero autorizó el traslado, realizándose la ceremonia el 19 de marzo de 1619, con asistencia del Prelado y religiosos de diversas Órdenes e innumerable gente. Se reconoció el cuerpo que se halló intacto, con excepción de las manos y, habiéndolo colocado en una nueva urna de cedro se le condujo procesionalmente a la Iglesia. Allí celebró el Santo Sacrificio el Provincial de Santo Domingo y pronunció el elogio de Rosa Fr. Luis de Bilbao, que había sido su confesor. Terminada la misa, el Arzobispo entonó el responso y se depositaron los venerables

restos en un nicho abierto al lado derecho del altar mayor [1].

Un año después de fallecida la Santa, se abrieron informaciones, con autoridad del Ordinario, sobre su vida y virtudes, comisionándose para ello al Penitenciario del coro de Lima, D. Baltasar de Padilla. Termináronse y ante las instancias que las autoridades eclesiásticas y civiles, las Órdenes religiosas, los Cabildos y cuerpos colegiados elevaron a Roma para que se abriese nuevo proceso con autoridad apostólica, la Sagrada Congregación de Ritos expidió en 1625 el decreto respectivo. Llegada a Lima la noticia, que causó extraordinario júbilo, se abrieron nuevas informaciones el 17 de mayo de 1630 y se continuaron hasta el año 1632. Con este motivo volvió a reconocerse el cuerpo de la Santa y se le halló entero, aunque muy desecada y enjuta la carne que cubría los huesos. Dos años después llegaban a Roma los

[1] Fray Gabriel de Zárate, en carta de 21 de Enero de 1624, al Lic. Gaitán, Inquisidor, le dice que, obedeciendo su orden se ha recogido todo lo perteneciente a la Santa, papeles, hábito, etc., y se ha sacado su cuerpo del sepulcro honroso que se labró en la Iglesia con licencia del Arzobispo y un retrato suyo que estaba allí expuesto, sin resplandores, aunque no se le había ordenado.

procesos pero, no obstante las súplicas que de todo el Reino y de la misma Corte se habían elevado para el breve despacho de la causa, ésta hubo de ser diferida por casi treinta años, en obedecimiento a la nueva constitución de Urbano VIII que prohibía se introdujesen antes de haber transcurrido cincuenta desde el fallecimiento de los siervos de Dios.

LA GLORIFICACIÓN

La que en huerto doméstico, cortar
rosas solía, para componer
sacros altares de su amante flor:
hoy, Clemente la pone en el altar,
donde viéndola el mundo florecer
corre de sus aromas al olor.

FR. JUAN MELÉNDEZ, O. P.,
(*Festiva Pompa*).

Esta momentánea dilación no fué parte para que se enfriara el entusiasmo despertado por la Virgen limeña. Una feliz circunstancia había permitido que en las informaciones depusieran testigos de mayor excepción, entre los cuales figuraban los directores del espíritu de Rosa, su propia madre y el Contador Gonzalo de la Maza. Con tales testimonios y la bien sentada fama de santidad que había dejado tras sí, no era posible dudar del éxito de su causa en cuanto dependía de los hombres. Dios intervino luego tornando su sepulcro glorioso y enalteciendo a la humilde flor del Rimac con la gracia de los milagros. Favor extraordinario fué

el que Alejandro VII, por decreto de 24 de Setiembre de 1664, dispensase el tiempo que aun faltaba para la reanudación canónica de los procesos, a los cuales puso término, en su primera fase, la Sagrada Congregación de Ritos, declarando, el 3 de marzo de 1665, que constaba ciertamente de su santidad y virtudes en grado heroico. Muy pronto fué aprobado uno de los milagros presentados para su beatificación y ésta se hubiera llevado a cabo en breve a no haber ocurrido la muerte del Pontífice.

El Cardenal Julio Rospigliosi. elevado a la silla de Pedro con el nombre de Clemente IX era el llamado a beatificarla. Cuenta el P. Lorea en la Vida de la Santa, publicada en 1671, que al encerrarse en el Conclave el futuro Papa llevó consigo dos libros, uno de los cuales era la Vida de Rosa escrita por el P. Hansen y el otro, muy probablemente, la que sobre el mismo tema escribió el jesuíta Lorenzo Lucchesini, publicada un año después de la primera, en 1665. No debieron atraer su atención, pero viniendo a visitarle el Cardenal Berberini, éste le habló de una obrita que había despertado su interés y prometió enviársela. Cuan-



Estatua yacente de Melchor Caffa, donada a Lima por Clemente XI.

(Santo Domingo).

do Clemente IX la tuvo en sus manos no pudo menos de quedar sorprendido al ver que se trataba de la Vida de Rosa. Un secreto presentimiento le indujo a recorrer sus páginas y le movió a pensar que tal vez estaba destinado por Dios a ser el instrumento de la glorificación de esta primera flor de santidad del Nuevo Mundo.

Los hechos confirmaron su previsión. A partir de entonces el Cardenal Rospigliosi, elegido Papa en junio de 1667, concibió una tierna devoción hacia la Santa. En ese mismo año y en el mes de Octubre presidió la Congregación en que se habían de discutir los milagros presentados para su Beatificación y en diciembre la convocó de nuevo para decidir si se podría proceder a la pública y solemne ceremonia. Unánime fué el fallo. Clemente, sin embargo, se retiró a Santa Sabina, fundación del Patriarca de la Orden de los Predicadores y allí firmó el 12 de marzo de 1668, el Breve de Beatificación que está rezumando el entrañable afecto del Pontífice hacia Rosa de Lima. Pero esto no bastaba a su corazón. Al contemplar su noble figura, trazada por el hábil pincel de Maratta, dis-

cípulo de Rafael, nos sentimos atraídos por la majestuosa serenidad de su mirada y crece nuestra simpatía al recordar que Dios había resuelto unir su nombre al de esta excelsa virgen para siempre. Todavía puede el viajero contemplar en el vestíbulo de la magnífica iglesia de Santa Sabina la estatua de la Santa que él mandó erigir y al pie de la cual se leen estas palabras que como simbólica ofrenda quiso él que se depositasen a sus pies: "A ti, Rosa, nuevo ornamento del Paraíso, ofrecido por el Nuevo Mundo". Hizo aun más por su predilecta Santa. Cuando un año más tarde moría, dejaba en su testamento un legado de 5.000 ducados para que en la Catedral de Pistoya, de donde era originario, se le erigiese una capilla. Ni olvidó tampoco a la ciudad que vió nacer a esta purísima flor. Gozaba fama de habilísimo escultor entre los de su tiempo el maltés, Melchor Caffa, discípulo de Ercole Ferrata, en quien se deja sentir la influencia del gran Bernini. A este artista encomendó Clemente IX una estatua yacente de la Santa. No describiremos esta obra de arte, reservándolo para otro lugar, pero sí haremos hincapié en que

esta joya que guarda nuestra vieja ciudad en el Convento de Santo Domingo es perenne y exquisito testimonio del entrañable amor de un Sumo Pontífice hacia Rosa [1].

[1] Además de lo dicho, Clemente IX expidió nada menos que siete u ocho Breves en favor de Santa Rosa. A 10 de Setiembre de 1668, una indulgencia plenaria en el día de su fiesta a la Catedral de Lima e Iglesias de la Orden de Predicadores en las Indias; a 14 de Setiembre, la extensión de su oficio y misa con rito doble a toda la América: a 18 de Octubre la concesión de Octava para todo el clero de la misma región; con la misma fecha el que pueda inscribirse su nombre en el Martirologio Romano: a 2 de Enero de 1669, para que sea declarada Patrona de la ciudad de Lima y todo el Reino del Perú; a 25 de Febrero, extendiendo la plenaria indulgencia antes citada a todas las Iglesias de la Religión de Santo Domingo, en los dominios de España; finalmente, el 25 de Febrero, otorgó esta gracia y la del Oficio y Misa respectiva a la Capilla Real de Da. Catalina, Reina de la Gran Bretaña.

FIESTAS EN ROMA, MADRID Y LIMA

Celebrad rosa, que hace
cielos de Lima los prados,
pues su hermosura empobrece
toda la luz de los astros.

AGUSTÍN MORETO, (Comedia Famosa: *Santa Rosa del Perú*).

El 15 de Abril de 1668 las sonoras y bien timbradas campanas de San Pedro invitaban al pueblo de Roma a participar en la solemne ceremonia de la Beatificación de Rosa de Santa María, Virgen limeña. No se trataba de un hecho desusado pero en las presentes circunstancias la fiesta tenía un atractivo que no se había visto en las demás. Algo de extraño había en ella que cautivaba con el imán de lo desconocido y los fieles acudían presurosos a la Basílica como si en su recinto hubiera de abrirse ante sus ojos el magnífico y deslumbrador panorama del Mundo descubierto por Colón. No era ciertamente la fantástica región que en las

Historias se describía la que había de aparecer ante su vista pero, si el más rico tesoro del aurífero Perú. El libro de D. Francisco de Córdoba y Castro nos ha dejado una cumplida relación de ésta y las demás solemnidades con que se celebró en la Ciudad Eterna la Beatificación de Rosa y allí las podrá ver el curioso. Nosotros nos contentamos con advertir que no sólo en San Pedro sino en otros templos se cantaron sus glorias. Los Dominicos en la Minerva, los Jesuítas en la monumental Iglesia de San Ignacio, los españoles en la de Santiago y aun los alumnos del Colegio Griego rivalizaron en tejer guirnaldas de alabanzas a nuestra Patrona.

Mientras esto ocurría en Roma, en Madrid se preparaban a ensalzar a la Santa que España podía justamente considerar como suya. El dominico Fr. Jacinto de la Parra nos ha dejado en un grueso volumen, titulado *Rosa Laureada entre los Santos* la descripción de los festejos que merecen llamarse singulares y dedicó su autor al célebre jurista peruano, D. Álvaro de Ibarra. "Dió comienzo el quincenario el 30 de Setiembre de 1668 y con fervorosa emulación compitieron en cele-

brar a la Virgen limeña, en la Iglesia del Convento de Sto. Tomás, de PP. Predicadores, el Duque de Medina de las Torres, Patrón del mismo, el Marqués de Alcañices, por cuyas venas corría sangre de los Incas, el Conde de Ayala, la Cofradía del Rosario, el Venerable Colegio de Curas y Beneficiados de la Corte, el ilustre Ayuntamiento de la Villa de Madrid y finalmente el Emmo. Sr. D. Pascual de Aragón, Cardenal de Toledo y Primado de España. Adorno del templo, profusión de luces, música de la capilla de las Descalzas Reales, escogidos predicadores, todo contribuyó a dar realce a las fiestas, sin contar la asistencia en uno de dichos días de Sus Magestades, Da. Mariana de Austria y su hijo D. Carlos II". De este modo la humilde hija de María de Oliva se vió aclamada en una de las más fastuosas y animadas cortes de la Europa.

Pasemos por alto los obsequios que en otros lugares de España se le ofrendaron y vengamos ya a ocuparnos de los que dispuso su patria, Lima. Fortuna fué que se hallara gobernando el Perú un Virrey tan magnánimo como piadoso, el Excmo. Sr. Conde de Lemos, pues nada omitió éste para

que las fiestas alcanzasen el mayor lucimiento. Dejónos una Relación de las mismas el célebre D. Diego de León Pinelo, cuya obra se publicó en Lima en 1670 y, siguiendo sus huellas, las resumió D. Gonzalo Meneses y Arce en su *Ilustración de la Rosa del Perú.* El 14 de Enero llegó a Lima la Bula de Beatificación y al punto, desde el Virrey y Arzobispo hasta el último ciudadano, todos pusiéronse en movimiento para el triunfo de Rosa. El lunes 29 de Abril, en lucidísima procesión como pocas veces se había visto en Lima, fué conducida la Bula bajo Palio del templo de Sto. Domingo a la Catedral, formando en ella más de 600 religiosos, los Alcaldes y Regidores, los Tribunales y la Real Audiencia, presidida por el Conde de Lemos, cerrando el séquito las compañías de la guardia virreinal. Recibió el Arzobispo, acompañado de su Cabildo, a las puertas del templo a la comitiva y, una vez ocupados los asientos y leída en latín y castellano la Bula, se descorrió el velo que cubría la imagen de la Santa, ricamente vestida y rodeada de flores sobre ricas andas de plata labrada. A continuación se entonaron las vísperas y con ellas se puso término a la fiesta. El numeroso gentío que

llenaba los ámbitos de la Catedral no podía apartarse de las plantas de la imagen pero, al fin, hubo de vaciar el templo, esparciéndose por la plaza y calles, iluminadas con primor y en donde se habían dispuesto diversos castillos de fuegos artificiales.

Más brillantes contornos alcanzó la fiesta del siguiente día. En la mañana celebró de Pontifical el Arzobispo Villagómez y tejió el panegírico de Rosa, Fray Juan de Iturrizaga O. P., electo Obispo del Paraguay. En la tarde fué conducida la imágen de Rosa en triunfo, cargando las andas los caballeros más titulados y llevando las varas del palio que la cubría los Alcaldes y Regidores. Siguiendo una costumbre muy de antiguo establecida, en varios puntos se erigieron altares primorosos, el primero de los cuales se levantó frente a las casas de Cabildo y corrió por cuenta de uno de los Alcaldes Ordinarios, D. Diego de Carvajal y Vargas, Correo Mayor de las Indias. Llevaba el estandarte el propio Virrey y la ciudad entera se había volcado a las calles del recorrido. Éste fué corto para lo que hubiera deseado la muchedumbre. Entró, después de dar media vuelta a la plaza, por la calle

de Mercaderes, torciendo luego por la de Plateros hasta el templo de San Agustín y de aquí derechamente se encaminó al convento del Rosario. Las aclamaciones, vítores y aplausos fueron sin cuento y el conciso Mugaburu resumiendo el espectáculo apunta en su Diario: "Y estaba la ciudad muy gustosa".

Ese mismo año, estando próxima la fiesta de la Santa, fijada entonces el 26 de agosto, se tuvo en Santo Domingo un solemne novenario con participación de todas las Religiones. El 18 echaron bando los Alcaldes para que toda la ciudad se iluminase aquella noche y las siguientes y, a la tarde, con asistencia del Arzobispo se cantaron las Vísperas. El 19 hubo Misa de Pontifical, correspondiéndole al Cabildo Eclesiástico la fiesta y en esta forma se continuó durante toda la novena hasta el día 25 en que oficiaron los PP. de la Compañía. Si el concurso fué extraordinario en los días anteriores, ya se imagina el lector cuál sería en la fiesta. Lima acudió a postrarse a los pies de la que todos, a una voz, habían escogido y jurado por Patrona. Repitiéronse con mayor pompa los cultos de la mañana y, en la tarde, nuevamente fué pasea-

da en triunfo su imagen acompañada por las efigies de los Patriarcas y otros Santos, los pendones de las cofradías, las autoridades con el Virrey a la cabeza, la clerecía con las mangas de las parroquias y un escuadrón de tropa, el más lucido que hasta entonces se había visto, el cual abatió todas sus banderas al paso y descargó sus arcabuces y mosquetes, avivando el entusiasmo. El cronista antes citado se hizo eco del general contento de la ciudad y del esplendor de estas fiestas al decir que el consuelo fué general y la satisfacción extraordinaria.

Pero el Conde no se satisfizo con estas demostraciones. Como buen cortesano y avezado a las costumbres del Madrid de Felipe IV, era muy amigo de las fiestas de cañas. Para el día 8 de enero de 1670 mandó preparar una de las más animadas y pintorescas que han contemplado las vetustas arcadas de la plaza mayor de la ciudad de los Reyes. El ya citado León Pinelo nos la describe y por lo que él dice se puede barruntar lo que fué este torneo, en el cual tomó parte lo más escogido de la nobleza. El Virrey, vestido de negro y con sombrero de plumas del mismo color, lanza en

mano y bien plantado en la silla, jineteaba un hermoso caballo blanco, con rosones en la crin y bordados pendientes. Salió en una de las cuadrillas, acompañado de D. Álvaro de los Ríos Navamuel, Caballero de Alcántara y Alcalde Ordinario; de D. Melchor Malo de Molina, Caballero de Santiago y General de la Caballería, y D. José de Vega, Regidor perpetuo. En total eran ocho y dividiéronse en dos campos, uno capitaneado por el Virrey y el otro por D. Diego de Carvajal y Vargas. La escaramuza, caracol y juego de cañas divirtieron a la multitud que rodeaba la plaza, terminándose el vistoso espectáculo del mismo modo que había empezado, esto es corriéndose algunos toros.

LA CANONIZACIÓN

Premiando el cielo al Castro el celo ardiente,
le hará gozar en pompa gloriosa,
cuanto la tierra puede dar luciente,
cuanto puede ver Lima más gozosa:
al de Borja esplendor más refulgente,
a la más bella del Olimpo Rosa
fiestas le veo hacer, que en sus honores
otros milagros son de sus fulgores.

PERALTA BARNUEVO, (*Lima Fundada*).

Clemente X pareció heredar de su antecesor el afecto a nuestra Santa. Tres meses llevaba de Pontífice y el 11 de agosto de 1670 declaraba a Rosa celestial Patrona, no sólo del Perú, pues ya lo era por decreto de Clemente IX, sino de toda la América, Indias y Filipinas. Un año más tarde, accediendo a las instancias que de todas partes se elevaban hasta su trono y después de haberse aprobado por la Sagrada Congregación de Ritos cuatro milagros obrados por su intercesión y debidamente comprobados, resolvió proceder a su canonización. No se ocultaba al Vicario de Cristo el

destino providencial de esta Virgen, llamada a ser el primer fruto de santidad que la semilla de la palabra evangélica producía en este Nuevo Mundo. Razón por la cual, decía, el Dispensador de todas las gracias, la llenó de espíritu de la celestial sabiduría y de tal modo inflamó su corazón en el amor divino que vino a recrear con su olor y a esclarecer con su luz toda la heredad del Señor.

Señalóse el día 12 de abril de 1671 para la augusta ceremonia. Fué voluntad del Papa que revistiera el acto inusitada pompa pues al lado de Rosa iban a ser elevados al honor máximo que la Iglesia concede a sus hijos, otros cuatro luminares de su cielo: Cayetano de Tiene, Luis Beltrán, Felipe Benicio y Francisco de Borja. Por su condición de mujer, Rosa tenía que aparecer la postrera en este rol de Santos, pero ya desde entonces empezó a cautivar los corazones de los fieles y ejerció una especie de encanto en todo el orbe cristiano. Así se explica la difusión de su culto. Sólo habían transcurrido 54 años de su feliz tránsito y ya corría por todo el mundo su nombre, aureolado por celestiales luces. Un mundo, o mejor diré, una gran parte de él, la aclamaba por su Patrona y su gloria,

siguiendo al sol en su carrera, no podía eclipsarse, pues le servirían de escabel dos continentes.

En Madrid y otras ciudades de España repitiéronse las festivas aclamaciones de la fecha en que fué beatificada, tocándole luego el turno a la América y, en especial, a Lima. Tuvo visos de prodigio la celeridad con que llegó la noticia a la ciudad de los Reyes como había acontecido antes con la nueva del Patronato. Ésta la trajo a Lima un gentilhombre que en noventa y cinco días venció la distancia que media entre Cádiz y el puerto de Callao, suceso que asombró a todos y, mucho más, hallándose los mares infestados de piratas. Otra circunstancia nos hará ver que no pudo llegar más a tiempo. Días antes, por decreto del Cabildo Secular, la había jurado la ciudad por Patrona con beneplácito del Virrey y Real Audiencia. El Arzobispo, fundándose en lo prescrito por los cánones que exigen sea canonizado el santo cuya tutela se implora, negó su aquiescencia a lo hecho. La llegada del Breve de Clemente IX, declarándola Patrona de todo el Reino del Perú, dió la apetecida solución. Ahora, bastó menos tiempo para que se supiese en Lima la apoteosis final de su predilecta

hija. El lunes 18 de mayo, dice Mugaburu, recibió el Virrey carta del Presidente de Quito en que se le anunciaba la próxima llegada del aviso de España, trayendo la nueva de la canonización de nuestra Santa. Desde entonces se comenzó a preparar el homenaje. El domingo 7 de junio llegó a Lima el aviso y en agosto se celebraron las fiestas.

No nos han dejado los contemporáneos una relación tan sucinta de ellas como ocurrió en su Beatificación, pero la supliremos, citando las palabras que D. Pedro Peralta Barnuevo les dedica en una nota de su poema *Lima Fundada.* Dice: "Celebró el Conde las canonizaciones de Santa Rosa y San Francisco de Borja, hechas por Clemente X, en el año de 1671, con la más magnífica pompa de que parece ser capaz la tierra. Las comparsas a caballo, las procesiones numerosas, los carros y los arcos triunfales, los suntuosos altares, enriquecidos de piedras preciosas y los adornos y colgaduras de las calles (de que algunas se empedraron de barras de plata y otras se colgaron de costosas alhajas), las fiestas de toros con juegos de cañas y torneos de cuadrillas de caballeros, ricamente adornados, entre quienes corrió el mismo Virrey; coronado

todo de los octavarios que se solemnizaron en los templos de Santo Domingo y de la Compañía de Jesús, ilustrados de la mayor riqueza, a que se añadió el ingenioso aplauso de un certamen poético con singulares premios en este último, excedieron cuanto supieron ostentar la devoción y la grandeza y pudieran expresar la historia y la elocuencia".

El resplandor de su gloria en el cielo llegaba hasta la tierra y doró con sus reflejos toda la vasta extensión de la monarquía hispana y la universal Iglesia, pero sus rayos más lucientes vinieron a posarse sobre la ciudad que mereció contarla entre sus hijos y que añadía este nuevo y purísimo timbre a los demás de su escudo.

EXTENSIÓN DE SU CULTO

Moradores del orbe, con fiestas
y triunfos a Rosa, ensalzad:
del Oriente al Ocaso, su gloria
y alabanza, fervientes cantad.

(Himno litúrgico del Oficio de la Santa).

Rosa se conquistó bien pronto el amor y veneración de todos. Lima tenía que ser la primera en honrarla y lo hizo entre otros modos, convirtiendo en santuarios o lugares de devoción los sitios santificados por ella. El 9 de marzo de 1668 se envió al Virrey del Perú una Cédula para que la ciudad comprase la casa en que nació la Santa, pero antes que ella llegase a Lima ya D. Andrés de Villela, Oidor de esta Audiencia, la había comprado a Pedro de Valladolid. Su primer intento fué entregar dicha casa a las Beatas Rosas, como así se llamaban, que vivían con alguna incomodidad en las cercanías y en un lugar fronterizo a la Iglesia que allí se levantó más tarde.

Sin embargo, fueron los Dominicos los que tomaron posesión de ella y, con licencia del Conde de Lemos, convirtieron en capilla la habitación en donde nació la Santa [1]. Así este lugar de la casa como los demás de ella, se conservaban todavía en regular estado, pero habían sufrido algunas transformaciones, como se desprende de la más antigua descripción que conocemos y nos ha dejado el D. D. Diego de León Pinelo [2].

La fachada de la casa terminaba en una especie de pirámide, que hacía de campanario y sobre ella se erguía una cruz. El zaguán, de unos 24 pies de largo por 18 de ancho, se veía cercado por cuatro almenas sobre un antepecho. A él se seguía un patio de unos 32 pies y a la izquierda estaba la "Capilla" que se formó de dos piezas que eran vivienda de la Santa. Tenía unos 45 pies de largo por 21 de ancho y se la había dotado de un pequeño coro.

1 La licencia la dió el Conde el 25 de Mayo de 1669 y de Madrid vino la confirmación real con fecha 20 de Octubre de 1670.

2 Celebridad y Fiestas con que la Insigne y nobilísima Ciudad de los Reyes solemnizó la Beatificación de la Bienaventurada Rosa... Con licencia en Lima. Año de 1670. 4º Port. entre filetes, v. en Bl. 7 ff. s. n. más 66 ff. de Texto apost.

La huerta tenía unos 60 pies, o sea unos 20 metros y un jardín como de 40 pies en cuadro. A un lado de la huerta se la había rodeado con una construcción ligera para protegerla. La ermita tenía 15 pies de largo y 4 de ancho y 3 varas de alto y Rosa la había fabricado con sus propias manos para retirarse a ella. Estaba forrada de cedro exteriormente y sobre la puerta, en una hornacina dorada se colocó la efigie de la Santa. Al lado derecho había un pequeño altar con una imagen de bulto de Rosa, obra de Francisco Hoces que se sacó en una procesión.

Unos años más tarde los Dominicos obtuvieron licencia para edificar en aquel lugar un Convento y una R. C. de 28 de octubre de 1676 los autorizó a hacerlo. Las Beatas Rosas les hicieron fuerte oposición, alegando que la casa de Rosa se había comprado para ellas. La resolución final favoreció a los Padres, los cuales comenzaron a levantar el templo, gobernando el Marqués de Castelfuerte o sea en el primer tercio del S. XVIII y lo terminaron el 20 de Abril de 1728. Así para la construcción del templo como para labrar el convento se hizo necesario adquirir los terrenos vecinos, que

nada tenían que ver con la casa de la Santa y por la relación del P. Parra uno de los primeros biógrafos de Rosa, se introdujeron algunas modificaciones en su primitiva morada.

El templo que se levantó en su honor distaba bastante de corresponder a lo que se debía a la Patrona de Lima, de todo el Perú y de toda la América. Por cortedad de miras o por falta de recursos nada había en ella que mereciera la atención. El desgaste del tiempo, los temblores, especialmente el de 1746 y luego el del 30 de Marzo de 1828 le restaron el escaso valor que conservaba. A esto se ha de agregar que ya en el siglo XIX los religiosos abandonaron el convento anexo y sólo el cuidado del P. Zea salvó al *Santuario* o sea a la Capilla que sirvió de vivienda a la Santa de su total ruina. Más tarde el convento fué suprimido y se le dió un destino muy ajeno del fin para el cual había sido creado.

En los últimos años la Iglesia, desnuda y sin adornos, inspiraba lástima y de ahí que se pensara en sustituirla por otra más digna de la primera flor de América.

Parecida transformación vino a experimentar

la casa de D. Gonzalo de la Maza, tan frecuentada por Rosa en los últimos años de su vida y en la cual vino a exhalar el último suspiro. Ya desde 1678 algunas jóvenes honestas y piadosas concibieron la idea de hacer vida común, imitando en lo posible a la recién canonizada Santa Rosa y vistiendo, como ella, el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo. Con autoridad del Ordinario se juntaron en una casa próxima al Santuario y, más tarde, se trasladaron a la cuadra de San Sebastián. Creció el número de las *Beatas Rosas*, como se las llamaba, y se pensó en erigir monasterio. No faltó quien patrocinara la empresa y, con este precedente, se pidió al Rey la autorización necesaria. Una generosa dama, Da. Elena Rodríguez de Corte Real, viuda del General Benito Galdames, dió para la obra más de ciento treinta mil pesos, a cuya suma se agregaron otros donativos menos cuantiosos. El 26 de enero de 1704 se libró la Real Cédula, concediendo la licencia para la fundación. Ésta se verificó el 2 de febrero de 1708, habiendo salido para este efecto tres religiosas del Monasterio de Santa Catalina, a las cuales se juntaron nueve Beatas del antiguo recogimiento. Pro-

cesionalmente y con la mayor pompa, acompañadas de casi toda la ciudad, se instalaron en el solar del Beaterio, pero al siguiente año se trasladaron a las casas que habían sido de D. Gonzalo. En este lugar y en el que ocupaban las Amparadas de la Purísima, fundación del V. P. Francisco del Castillo, se levantó el Convento y la nueva Iglesia de Santa Rosa, cuyo interior sorprende agradablemente, pese a algunas desdichadas reformas que modernamente se han introducido. La habitación donde falleciera la Santa y que con religioso respeto se había conservado intacta fué convertida en capilla, dentro de la clausura y quedó ricamente adornada, guardando en ella muchos recuerdos suyos.

Al lado de estas dos iglesias que llevan su nombre y le están dedicadas habría que colocar el templo de Santo Domingo, donde se guardan sus restos. Rosa, desde sus primeros años, frecuentó este templo y sus muros fueron testigos de muchas de las grandes mercedes que recibió del cielo. Ninguno le fué tan familiar y en ninguno se halla tan vivo y fresco el recuerdo de esta virginal doncella. La tercera capilla de la nave derecha, donde en

otro tiempo estuvo el altar de Nuestra Señora del Rosario, fué su sitio predilecto. Una inscripción en el pavimento le recuerda al visitante que en aquel lugar mereció Rosa escuchar las regaladas palabras del Niño Jesús, escogiéndola por esposa. En el fondo de la misma nave, en la capilla que perteneció y aun pertenece a los Aliaga, se levanta el altar que le ha sido dedicado y en cuyo centro se halla la urna que guarda sus preciosos restos.

El ejemplo de Rosa tenía necesariamente que despertar en aquellos siglos de fe el deseo de imitarla. He ahí cómo surgió el Monasterio de las *Rosas* de Lima, no obstante existir otro de la misma Orden, el de Santa Catalina. Estas vírgenes abrazaron la regla de las Dominicas, pero adoptaron como Patrona y modelo a la Santa limeña. A ejemplo de este cenobio se crearon otros en Arequipa, Santiago de Chile, Morelia y Guatemala, todos ellos conocidos con el mismo nombre y a los cuales habría que añadir el Beaterio cuzqueño, conocido vulgarmente con el nombre indígena del barrio en donde fué erigido o sea el de *Mutcapugio*. Todos estos vergeles de santidad

sirvieron para extender y fomentar el culto a la Patrona de América.

La vieja Catedral de la Ciudad de los Reyes no podía carecer de una capilla dedicada a la Santa. El 10 de setiembre de 1705, el Deán D. Diego de Salazar, propuso al Cabildo se le destinara la hasta entonces denominada de *la Sola* por la imagen de la Purísima que en ella se veneraba. Accedieron los capitulares y dieron comisión al prebendado D. Pedro de la Peña para que se construyera nuevo retablo, aplicando a este fin lo que se debía al Cabildo en los diezmos de Cañete. Desde entonces, esta capilla, situada en la nave izquierda, al lado de la puerta que conduce al patio de los Naranjos, quedó dedicada a Rosa. México y Quito hicieron otro tanto en sus respectivas catedrales y aun algunas del viejo Mundo, como las de Niza y Pistoya, reprodujeron el homenaje.

No es posible en este estudio referirse a los templos que tanto en el Perú como en el resto de América se han levantado a la gloria de esta admirable Virgen, pero merecen citarse siquiera por su importancia o por su belleza arquitectónica. Los de Ocopa (Perú), Morelia (Michoacán), Nueva

York y Buenos Aires, este último inaugurado durante el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, por el Pontífice S. S. Pío XII.

Finalmente, como un florón más de esta espléndida corona de obsequios que la piedad cristiana ha tejido en honor de Rosa de Lima, citemos la *Esclavitud y Congregación*, fundada en Santo Domingo de Lima, el 29 de noviembre de 1706 y aprobada por Real Cédula de idéntica fecha el siguiente año. A ella perteneció lo más escogido de la Lima colonial, encabezando la lista de sus hermanos los Virreyes, Marqués de Castelfuerte, el Conde de Superunda, D. José Manso de Velasco y el Arzobispo D. Diego Morcillo Rubio de Auñón.

LLUVIA DE ROSAS

Pues tu amor, siempre oficioso
ni aún en la muerte reposa:
Ruega por nosotros Rosa
a tu Soberano Esposo.

Copla de la Novena.

Una leyenda, sin otro fundamento que la exaltada piedad de algunos, refiere que el Papa Clemente IX, al saber que se trataba de canonizar a una virgen criolla de la América Meridional, exclamó: "La proclamaremos santa cuando llovieren rosas". Y llovieron no rosas pero sí milagros bastantes para acreditar a los ojos de todos que Dios deseaba glorificar a su sierva y era poderosa en el cielo. Los primeros prodigios ocurrieron, como se deja entender, en Lima, y de ellos se hace eco la misma madre de Rosa, la cual declara que, desde el momento en que falleció su hija, fueron muchas las personas que la obsequiaban y venían a agradecerle los favores recibidos por su intercesión. Éstos fueron de todo género: conversiones de pe-

cadores empedernidos, mudanzas de vida, reconciliaciones de enemigos obstinados y curaciones imprevistas, dolencias que venían a desaparecer de un modo impensado y aún muertos resucitados, como fué el caso de una criatura de seis meses, hija de dos buenos labradores de las cercanías de Lima, la cual, habiéndose quedado yerta en brazos de su madre y permanecido así por espacio de varias horas, recobró el aliento al contacto de un pedazo del hábito de la Santa.

El P. Hansen en la vida que escribió de ella dedica nada menos que tres capítulos a la relación de los prodigios obrados por Rosa después de su muerte. Dada la índole de este libro, será forzoso que pasemos en silencio muchos de ellos, para fijar la atención en tres o cuatro de los más notables. Josefa de Torres padecía de una erisipela tenaz que en tres semanas redujo a la enferma al último extremo. Hallábase ya sin pulso y sin habla y los circunstantes, pensando que sólo un milagro podía salvarla, comenzaron a invocar el auxilio de Rosa. Volvió en sí la enferma y en muy breve tiempo recuperó la salud.

En casa de Da. Isabel Mendoza vivía una niña,

llamada Margarita, que apenas alcanzaba a distinguir los objetos por tener un ojo velado por una nube y el otro insensible a la luz. Su señora y otras mujeres movidas a compasión imploraron la intercesión de Rosa y una noche le aplicaron a los ojos un trozo de su hábito y así vendada la acostaron. Al levantarla el día siguiente y descubrir la venda, lo primero que advirtieron fué que la nube había desaparecido y que sin dificultad veía la niña por ambos ojos. Doña Magdalena Chimaso, india, descendiente de los caciques de Chincha y casada con un hidalgo español de apellido Morales, hacía tres años que estaba tullida de medio cuerpo abajo sin que las medicinas le hubiesen alcanzado alguna mejoría.

Llena de confianza en el valimento de Rosa, de la cual había oido referir algunos milagros, hizo que le trajesen tierra de su sepulcro y hojas de la palma que se había puesto en sus manos al ser enterrada. Aplicó a su cuerpo ambas reliquias, estando acostada en la cama y sin poder moverse y a las 24 horas se sintió con salud y por sí misma se levantó, sin tener necesidad de ayuda, asegurando a

todos que se encontraba sana de su achaque, como pareció por los efectos.

Otros muchos se pudieran citar, pero cierre este punto la enumeración sucinta de los aducidos para su canonización. Estos milagros fueron nueve y de ellos escogió la Sagrada Congregación de Ritos cuatro, porque eran bastantes. Todos ellos fueron obrados en Italia en las ciudades de Sesa y de Palermo, en donde se abrieron procesos para su averiguación. El primero fué la repentina curación de Juan Castillo, el cual, después de cuatro meses de enfermedad, vino a ser desahuciado de los médicos, a causa de tener ya ulcerados los pulmones y la garganta, siendo las hemorragias frecuentes. Bastóle al enfermo tomar en un vaso de agua polvo del sepulcro de Rosa para quedar curado.

El segundo fué el feliz alumbramiento de Cándida Rosera, mujer del Alférez Luis de Carvajal, cuando ya se daban por perdidas a la criatura y a la madre. El tercero se obró en Palermo, en la persona de un religioso carmelita, el cual después de 17 días de enfermedad, entró en agonía y habiendo invocado entonces con todo fervor a la Santa, ésta se le apareció y prometió restituirle la

salud, como lo hizo. Finalmente, Ángela Cibasa, puesta ya en el último trance, tras prolija enfermedad, cuando ya su madre que la asistía aguardaba por momentos que expirase, recobró inopinadamente la salud, con sólo encomendarse de corazón a la Santa.

Éstos son algunos de los que pudieran citarse, pero la lista es inacabable. Sólo añadiremos que en Lima, su patria, todos han sentido su protección y Rosa ha demostrado con las obras que es en verdad hermana y abogada nuestra. Basta recordar su intervención en los días aciagos de la invasión chilena, cuando a la ciudad amenazaba el saqueo y la devastación. La Santa le buscó a la ciudad un defensor en la persona del Almirante francés Du Petit Thouars, quien desde Valparaíso vino al Callao con sólo este objeto. Casi en nuestros días, ella también ha velado sobre nosotros y durante el conflicto con Colombia y, más tarde, al debatirse en Río de Janeiro nuestro pleito con el Ecuador, se hizo visible su mano protectora y tutelar.

Manual de Estudios Peruanistas.

4ª edic.

Historia del Perú. Virreinato-Emancipación. 1551-1825.

5 vols. de unas 500 ps. salvo el IV.

Carta a los Españoles Americanos de Juan Pablo Viscardo.

Historia del Santo Cristo de los Milagros.

2ª edic. ilustr.

Títulos Nobiliarios en el Perú.

3ª edic.

De la Conquista a la República. Artículos Históricos.

2ª serie.

Un Monasterio Limeño.

Ilustr.

Ensayo de un Diccionario de Artífices Coloniales.

2 vols.

Glosario de Peruanismos.

2ª edic.


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01041 5232